7125

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Miguel Andrés

DRAMA LÍRICO

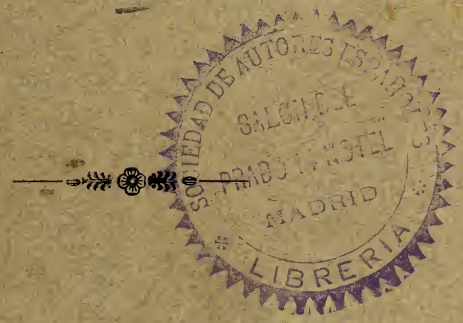
EN TRES ACTOS Y OCHO CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

PASCUAL MILLAN

MÚSICA DEL MAESTRO

JOAQUÍN LARREGLA



MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

A [illegible] [illegible] a companys, directors, con[illegible] [illegible] les [illegible]

P. Milla

MIGUEL ANDRÉS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MIGUEL ANDRÉS

DRAMA LÍRICO

EN TRES ACTOS Y OCHO CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

PASCUAL MILLAN

música del maestro

JOAQUÍN LARREGLA

Estrenada en el TEATRO DE PRICE la noche del 8 de Noviembre de 1902

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MAGDALENA	Srta. Chaffer.
ANTONIA, vieja	Sra. Galán.
NICASIA, ídem	Urdazpal.
FERMINA	Srta. Alonso (J.)
MARIACHO	García (R.)
MOZA 1.ª	Guerrero (S.)
IDEM 2.ª	Barceló.
MIGUEL ANDRÉS	Sr. González (V.)
VALENTÍN	Pastor (R.)
JULIAN	Gamero.
DON GREGORIO, prior de Roncesvalles	Navarro (R.)
FRANCISCO	Hervás.
PEDRO (1)	Baldoví. (1)
UN FRANCÉS	Vera.
UN ARAGONÉS	Soriano (J.)
CAZADOR	Valenzuela (M.)
MOZO	Mayor.
UN CAMARERO	Barragán.

Un cabrero, pamploneses, penitentes, montañeses, cazadores, aezcoanos, roncaleses, guipuzcoanos, monaguillos, mozos, mozas, banda militar, tamborileros, etc.

La escena en Navarra.—Época actual

Por derecha é izquierda se entenderá la del actor

La obra ha sido ensayada y puesta en escena por **Don Eugenio Fernández.**

Se estrenaron ocho decoraciones pintadas por **D. Amalio Fernández.**

El vestuario ha sido construído por el sastre de teatros **D. Juan Vila** y el atrezzo por **D. Eduardo Delgado.**

---

(1) El Sr. Baldoví por deferencia á los autores, se encargó de una parte inferior á su categoría.

671375

El autor se complace en manifestar aquí su gratitud á todos los que han intervenido en la representación de la obra, muy especialmente á los señores D. Eugenio Fernández y D. Valentín González: al primero por el cariñoso interés que tomó al dirigirla, y al segundo porque hallándose verdaderamente enfermo el día anunciado para estrenarla, fué al teatro haciendo un penosísimo esfuerzo y la representó poniendo en ella su alma de artista.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un bosque muy frondoso en las montañas del Pirineo. En el fondo, y un poco á la derecha, se ven las torres de la Colegiata de Roncesvalles. Una carretera Una senda entre los helechos que se supone conduce á la fuente de Roldán. Un banco rústico hecho con el tronco de un árbol sobre dos piedras. Este tronco se apoya por sus extremos en dos robles grandes. La cima de las montañas estará nevada. Es cerca de la caída de la tarde. Al levantarse el telón, y después de los últimos compases del preludio, van apareciendo las mujeres y los viejos que vienen de Roncesvalles. Por los caminos de la montaña bajan mozos que llevan haces de leña.

ESCENA PRIMERA

HOMBRES y MUJERES de la aldea

Música

MUJERES

El crudo invierno
nos visitó;
la nieve ahuyenta
la luz del sol.
Los veraneantes
se fueron ya

dejando el bosque
por la ciudad.
Allí las luchas,
la calma aquí:
y aunque ellos dicen
que no es vivir
no ver más mundo
que nuestro hogar,
en él la Virgen
nos dé la paz.
Con el invierno
viene la calma
y el tiempo llega
de reposar.
Cortos los días
largas las noches,
hay muchas horas
para charlar.

—

VIEJOS

Triste es la vida
para nosotros,
cuando estos montes
blancos están:
el campo muere
la luz se oculta.
¡Quién otro invierno
resistirá!
Estas montañas
fueron mi cuna,
entre ellas solo
quiero morir;
años enteros
pasé en sus cumbres,
a su pie espera
mi vida el fin.
La blanca nieve
de sus alturas,
al sol de Mayo
se deshará,
pero esta nieve
de nuestras canas,
solo la muerte
derretirá.

—

Mozos — Tiene el invierno
dulces encantos
con sus veladas
en el hogar:
allí las mozas
junto á la lumbre,
siempre anhelantes
nos ven llegar.
Y mientras haya
leña en los bosques,
caza en la selva,
zumo en la vid,
¡vengan inviernos
crudos y fríos!
ellos dan fuerza
para vivir.
¿Quién teme al frío
ni á los ciclones,
ni á los estragos
del vendaval
cuando al susurro
de la guitarra
las mozas llegan
para bailar?
Cuando rendido,
con mi pareja
me aparto un poco
para charlar,
¡quién teme al frío
ni á los ciclones
ni á los estragos
del vendaval!

Mujeres — El crudo invierno etc.
Mozos — Triste es la vida, etc. (Juntos.)
Viejos — Tiene el invierno, etc.

ESCENA II

ANTONIA, NICASIA, MARIACHO, MOZAS 1.ª y 2.ª.

Las dos primeras vienen por el camino de Roncesvalles. Las mozas con Mariacho bajan del monte

Hablado

MAR. (A las dos viejas.) ¿Vienen ustedes de vísperas?

ANT. De allí venimos, y ¡anda, que buen sermón nos hemos tragado!

MOZA 1.ª (Risueña.) Sí ¿eh? ¿Y qué ha dicho don Simón?

NIC. Haber estao allí, pues con vosotras iba. ¡Qué poco ha faltao Magdalena!

MOZA 1.ª ¡Claro! Si no tuviéramos otra cosa que hacer como ella... (Con retintín.)

MOZA 2.ª Más le valía rezar menos y...

ANT. Nosotras nos adelantamos por no encontrarla. (Con desprecio.)

MOZA 1.ª Bien hecho.

ANT. (Colocándose entre las otras.) Yo no soy chismosa; pero vamos que vivir así con un hombre... nunca hemos visto aquí una cosa semejante.

MOZA 1.ª Y todavía se queja de que no la miran bien en el pueblo. ¡Pues sólo faltaba!...

NIC. (Con hipocresía.) Ella jura que viven como dos buenos amigos, esperando á Valentín. (Las otras ríen con sorna.)

MAR. ¡Que espere un poco! Me parece á mí que cuando él sepa...

ANT. No seré yo la que se lo diga, Mariacho.

MAR. Ni yo tampoco; pero tenía que ser muy tonto para creerse el cuento.

MOZA 1.ª ¡Vivir como amigos! Ya, ya; lo que vive es como una reina, mientras las demás, nos reventamos trabajando.

NIC. ¡Si lo oye una y no lo cree!

ANT. Que esto sucediera en otra parte no me chocaría; pero aquí.. ¡Por Dios! ¡Qué cosas es-

tamos viendo en la vejez! Y que lo consienta el pueblo es lo que más me duele. Lo que es en mis tiempos, no pasaba.

MAR. La verdá es que Magdalena ha domao á esa fiera.

NIC. Sí; Miguel Andrés con ella es un borreguito.

ESCENA III

DICHOS, MAGDALENA y FERMINA

Al ver á Magdalena y Fermina, Mariacho y las Mozas toman un aire despreciativo

MAR. (Por lo bajo á sus compañeras.) Vámonos.

ANT. ¿Venís de Roncesvalles?

MAG. Sí.

ANT. Pues no os hemos visto.

FER. (Aparte.) Embustera.

MAR. (Con desenfado.) Vaya. Adiós que tengo mucho que hacer en casa.

MOZA 1.ª (A las viejas.) Véngansе ustedes.

MOZA 2.ª (Con sorna.) Adiós, Fermina.

ANT. y NIC. Adiós. (Vanse Antonia, Nicasia, Mariacho y las dos Mozas, por la izquierda.)

ESCENA IV

MAGDALENA y FERMINA

MAG. (Con tristeza) Ya lo ves; dime ahora que son aprensiones mías.

FER. No hagas caso.

MAG. ¡Oh! por qué habría querido mi madre volver á su país.

FER. ¡Después de tantos años!

MAG. Sí, muchos; lo abandonó siendo muy joven por irse á América. Allí nací yo. No he conocido á mi padre; había muerto en la travesía. Después, todo lo que recuerdo es que mi madre lloraba, siempre pensando en sus montañas; que al sentirse muy enferma,

quiso acabar sus días donde había nacido; y llegamos á una casita aislada en la misma frontera. (Con pena.)

FER. Mujer, desecha esos recuerdos. ¿A qué atormentarte?

MAG. No: deja que me desahogue. Cuando la pobre comprendió que se moría, hizo llamar á Miguel Andrés, el cual era su pariente, el único que teníamos. Muy larga fué aquella primera y última entrevista. Cuando terminó me llamaron; ella parecía resignada. Miguel Andrés estaba preocupado. Y entonces aquel hombre, á quien yo no conocía, juró hacer mi felicidad, primero amparándome y luego arreglando mi boda con Valentín, cuando éste volviese de América.

FER. Cumplida está la primera parte, y cuando Valentín regrese quedará terminada su promesa.

MAG. (Con amargura.) No; ¡es imposible!

FER. No exageres. Es verdá que se habla en el pueblo... Aquí todo se agranda, y como no saben lo del parentesco, él es todavía joven y fuerte y tú muy guapa... además, las envidias... ¿Pero como puede ocurrírseles que él?...

MAG. (Con energía.) ¡Por qué no han de creerlo los demás, si hasta yo misma dudo cuando está él delante! Pero luego, al repasar, á solas con mi conciencia, sus palabras siempre francas y cariñosas, me reprocho el despego con que pago su cariño. (Con calor.) Mira: anoche no he dormido, porque durante la cena respondí con un desaire á una fineza suya: no volvió á dirigirme la palabra, ni probó ya la comida. Al concluir, él, como siempre, se retiró, y al acercarse al hogar para coger la luz, vi temblando en sus mejillas dos lágrimas rojas por el resplandor del fuego y que después, al recordarlas me parecían de sangre.

FER. Con esa manera de tomar las cosas, te haces más desgraciada.

MAG. Tú no comprendes hasta dónde llega mi

infortunio; tú no piensas que en cuanto Valentín llegue á Pamplona le contarán estas hablillas, las abultarán, las exagerarán y...

FER. (Interrumpiéndola.) Valentín no las dará crédito, porque tiene confianza en tí, porque eres honrada, porque te quiere con delirio y porque ya sabe que te ampara Miguel Andrés.

MAG. Sí; sabe que fué mi único amparo; pero ignora todas las atenciones que le debo y que me llevó á su casa: desde que empezaron estas gentes á sospechar no me he atrevido á nombrarle en mis cartas. Además, Valentín tiene mucho amor propio, no sufrirá la más ligera sospecha respecto á mi conducta y ¡ya ves lo que le dirán las apariencias!

FER. ¡Quien sabe lo que él hará? Ya ves como Francisco no las dá crédito. No te preocupes. Anda vámonos. (Se dirigen hacia el pueblo el cual supónese que se halla á la izquierda de la carretera.)

MAG. (De repente y tomando otra dirección.) Por aquí, que allá viene Francisco y no quiero encontrarle. (Hacen intención de tomar la senda al tiempo que entra Francisco precipitadamente por el otro lado y detiene á Magdalena.)

ESCENA V

FRANCISCO y MAGDALENA

Música

FRAN. ¿Huyes de mí, Magdalena?
MAG. No huyo de tí ni de nadie.
FRAN. Entonces ¿por qué te marchas
siempre que yo voy á hablarte?
¿Por qué, si ves que me acerco,
te alejas por no encontrarme?
¿Por qué esquivas mi presencia?
¡Qué gran delito es amarte!
Perdonas á los que arteros
solapados y cobardes
te ofenden y te calumnian

uniendo el odio al ultraje,
y rechazas al que vive
tan sólo para adorarte;
al que viene decidido
á ahogar hablillas infames;
á decir á todo el mundo
lo que eres y lo que vales;
á unir su vida á la tuya
corazón y nombre dándote,
orgulloso de tenerte
feliz con sólo mirarte.

MAG. Yo te agradezco tanto cariño,
mas no lo puedo corresponder:
seré tu amiga, seré tu hermana,
pero no puedo tu esposa ser.
Mis ilusiones, mi bien, mi dicha,
ya tú lo sabes, no están aquí;
se hallan muy lejos de estas montañas,
se hallan en donde, pensando en mí,
está quien sólo con mi recuerdo
trabaja y lucha sin descansar.
No me propongas que amor tan grande
con el olvido vaya á pagar.

FRAN. Pero tú no piensas
que cuando él te vió,
no te habia herido
la murmuración;
y ahora tu nombre...

MAG. Siempre honrado está.
En bien poco estimas
tú, la dignidad,
si lo que á otro infama
quieres para tí.

FRAN. ¡Ah! yo te lo afirmo;
cuando Valentín
oiga lo que dicen
por todo el lugar,
su amor en desprecio
se puede trocar.

MAG. Eso que tú piensas
otros pensarán.
Tú eres generoso,
tú defenderás
á la que inocente

siempre en paz vivió
hasta que la ha herido
la murmuración.

MAG. (Juntos.)
FRAN. Yo te agradezco tanto cariño, etc.
Ella agracece tanto cariño, etc.

(Vase Magdalena hacia el pueblo.)

ESCENA VI

FRANCISCO

(Con calor.) Lo creo, y se lo diré á todo el mundo. Eso que se cuenta es una mentira infame; pero de esto les convenceré cuando á mí me convenga; cuando ya Valentín, creyendo lo que todos le dirán, me deje el campo libre. Entonces, ella, al ver que soy el único que no la desprecia, tendrá que escucharme; y en cuanto á su *protector*, ya me las entenderé con él, que también hay medio de amansar las fieras.

ESCENA VII

FRANCISCO y el PRIOR

PRIOR (Entrando por el lado derecho, donde se supone que está la Colegiata de Roncesvalles.) Buenas tardes. ¿Vienes á esperar á los cazadores? Ya no tardarán.

FRAN. A ver si no han perdido el día y traen algún lobo.

PRIOR ¡Bah! Si no lo matan ellos, Miguel Andrés lo matará. El puede hacer solo lo que todos juntos no consigan. Siempre sucede lo mismo.

FRAN. Sí; yo creo que le conocen. A fuerza de vivir en el monte, más que entre nosotros, en ese hombre hay mucho de fiera y poco de persona.

PRIOR Sin embargo, esa fiera—como tú le llamas—

tiene rasgos de abnegación y de caridad. Indudablemente no está pervertido.

FRAN. Pues si él no lo está, no sé yo quién pueda estarlo.

PRIOR No le acuses.

FRAN. No soy su acusador; es la conducta de toda su vida. Cuando joven, nunca quiso trabajar; sólo pensó en francachelas, en meriendas, en partidas de caza y partidos de pelota. Era el mejor brazo de la montaña. Así vivió sin que le preocupara lo que las gentes pudieran decir, hasta que un día (esto se lo he oido á mi padre) desapareció sin despedirse de nadie, ni siquiera de sus parientes. Todos le creían en Buenos Aires; pero lo cierto es que no se le vió allá durante quince años, y eso que en aquel país hay mucha gente de este pueblo.

PRIOR (Con interés.) ¿Y quién es capaz de sostener que ese tiempo lo ha invertido en el mal?

FRAN. Desengáñese usted, señor Prior, si hubiera hecho algo bueno en tan larga ausencia, ya lo contaría. Al menos, ¿por qué no dice dónde estuvo?

PRIOR Bien; si todos esos misterios no le favorecen, tampoco dan motivo para juzgarle con rigor.

FRAN. No digo lo contrario; pero ahora mismo su conducta... Un hombre que vive con una mujer sin estar casado con ella y sin otro motivo (Con ironía.) que un juramento hecho á la madre...

PRIOR (Con firmeza.) Será verdad.

FRAN. (Irónico.) Tal vez; pero el modo de protegerla es bien extraño: no se casa con ella y la hace imposible para los otros.

PRIOR Las apariencias... (Aparte.) Yo veré... (Alto.) Tú le quieres mal.

FRAN. Peor me quiere él á mí; no puede resistir que hable á Magdalena, y no halla para su protegida (Con sorna.) otro marido que Valentín; pero eso lo veremos. Además, no soy de los que inventan nada contra nadie. El nunca va á la iglesia, él...

PRIOR (Interrumpiéndole con brío.) No son mejores muchos de los que la visitan á todas horas. Da limosna sin hacer ostentación; alivia muchas necesidades, y especialmente cuando sabe que algún desvalido sufre, entonces, con tenacidad que raya en fanatismo, no ceja hasta llevar un socorro á aquel desgraciado. Esto en él es casi una manía.

FRAN. Y sin embargo, todos le temen.

PRIOR Le temen porque es valiente y puede castigar al que se le ponga en su camino. No conoce al miedo, y el valor es también una virtud: los malos son cobardes.

FRAN. Pues esa será la única que tenga Miguel Andrés: pendenciero, contrabandista, des...

PRIOR (Interrumpiéndole de nuevo y con viveza.) Lo que quieras. En ese hombre hay algo grande que me servirá para traerlo á buen camino: es generoso, quizá tanto como valiente, incapaz de una traición; ha recogido á esa muchacha con quien vivé, y juzgando por la nobleza de su alma la de los demás, no puede ocurrírsele que su conducta sea la comidilla de las gentes y el pasto de la maledicencia.

FRAN. Pero lo es, y hace desgraciada á la que quiso proteger. (La orquesta preludia la entrada de los cazadores.) Ya vienen los cazadores. A ver si estuvieron afortunados. (Aparecen Julián y los cazadores por un sendero de la montaña. El Francés vendrá luego por el opuesto.)

ESCENA VIII

DICHOS: JULIÁN, PEDRO y CAZADORES, á su tiempo el FRANCÉS

Música

CAZ. Echamos un mal día;
el lobo se burló
de tantas escopetas
y tanto cazador.

Se fué del llano al monte
y al llano volverá;
es hijo del infierno,
le guía el vendaval,
le azuzan las tinieblas,
jamás su hambre sació,
es constante enemigo
del infeliz pastor.
Guardad bien el ganado,
cerrad las puertas bien,
que el lobo está en acecho
y os puede sorprender.

—

PRIOR. Presagio un invierno
muy duro y muy triste.
Feliz el que pueda
tener en su hogar
calor y sustento,
sosiego y ventura,
luz en el espíritu
y en el alma paz.

—

FRANCÉS. (Saliendo.)
Caballerros, buenas días.
JUL. A estas horas amanezcas.
FRANCÉS. ¿Ir bien para Roncesvalles?
JUL. Muy mal, si vas á la iglesia;
es ya tarde para rezos.
FRANCÉS. Mí no rezar; ver si encuentra
casa de Miguel Andrés.
JUL. ¿No la conoces? Pues esa.
(Señalando al monte.)
Todo ese monte es su casa;
y la tiene muy bien puesta:
salones con verde alfombra,
galerías con macetas,
los vecinos no le azaran
ni el casero le molesta;
porque el casero es muy rico
y nunca cobra las rentas.
CAZ. En cuanto bebe una copa,
se le desata la lengua.

JUL. Para charlar, me figuro
que es bueno se halle bien suelta.
(Al Francés.)
¿Mosiú, busca á don Miguel?
(Con sorna.)
pues pregunte á Magdalena,
que esa sabrá cuándo vuelve
y puede estarse con ella
esperando al individuo
sin que le azare la espera;
porque la chica es de... vamos,
que para mí la quisiera.

—

FRAN. No le haga usted caso,
señor don Gregorio;
ya sabe que el vino
le trastorna pronto.
PRIOR Es un buen muchacho
que á nadie hizo mal.
FRANCÉS Tener mucha gracia
y ser *tres charmant*.

—

JUL. Es el vino mi alegría,
es mi amor, es mi elemento.
Decidme si hay en el mundo
nada que sea tan bueno.
El me refuerza la vista,
pues dobles las cosas veo;
él hace bailar la tierra
como si fuese un muñeco;
él da calor á la sangre,
empuje y brío á los nervios;
con él se matan las penas,
y el hambre y el pensamiento,
(enemigo éste el más lobo
que los mortales tenemos.)
Yo dejaré de adorarlo
cuando vosotros los serios
me busquéis un sustituto
tan alegre, tan modesto,
tan barato, tan filósofo,
tan... portátil, tan excelso;

¡Como que es sangre de Cristo!
¡Ya véis lo que tendrá dentro!
(Conjunto.)

FRANCÉS — Este muchacho
tener razón:
¡que viva el *buono*
vino español!

PRIOR — Aunque en el fondo
tiene razón,
de corregirle
trataré yo.

JUL. — Les ha aplastado
mi relación:
con este cura
no pueden, no.

FRAN. / CORO — Con este mozo
no hay discusión:
en lo que ha dicho
tiene razón.

Hablado

JUL. — Como cazar, precisamente, no se ha cazado nada; pero pasamos el día sube que te subirás por esos cerros de Dios buscando lobos como quien busca una mina. Y la verdá que algo de eso tiene la cosa, pues una onza de oro por cabeza de alimaña... ya es oro.

FRAN. — Tú no la cazarás, pero te bebes los diez y seis duros que vale.

JUL. — Pues una por una, para mí es igual. (Al Francés) Conque *mosiú*, si quieres ver á Miguel Andrés vente con nosotros á la fuente de Roldán, que está aquí mismo, esperaremos allí á los compañeros que faltan y de seguro encontrarás al que buscas.

FRANCÉS — ¿Estar aquí fuente famosa Roldán?

JUL. — Sí; pero no te hagas ilusiones. Esa fama es un puro camelo: historias antiguas. La tal fuente no da más que agua, buena para las ranas y los taberneros. ¡Ah! Si cuando Roldán pinchó la peña con su espada (según cuentan) brota allí de lo tinto, y en vez de ese calducho que enfría les da á beber á sus

tropas del que abrasa, ¡cómo habían de perder la jorná! De fijo nos apabullan, y en lugar de:

«Mala la hubísteis franceses
en esa de Roncesvalles.»

hubiese habido que decir:

«Los franceses con Roldán
se sorbieron á Navarra:
No busquéis *ná* de ese pueblo
ya no queda ni en el mapa.»

(Los cazadores ríen)

PEDRO Vamos á esperar, descansando, á los compañeros.

FRANCÉS Yo acompañar ustedes. Mí gustar mucho este mozo. (Vanse todos por la senda. El Prior queda sentado en el banco leyendo un breviario y casi oculto por uno de los árboles. La orquesta repite el motivo del coro de cazadores, y lo interrumpe bruscamente bosquejando un tema rudo, durante el cual aparece Miguel Andrés en lo alto de la montaña.)

ESCENA IX

MIGUEL ANDRÉS

(Entra pensativo. Trae un lobo muerto cargado sobre la espalda y lo arroja al suelo con indiferencia.) ¿Que Valentín no vendrá á cumplir su promesa porque antes de llegar aquí habrá oído lo que se murmura? (Con desesperación.) Está bien: ¡todavía no saben quién es Miguel Andrés! Le conocen lo suficiente para no ponérsele delante, para respetar sus caprichos, y... hastasu rudeza; porque con éste (Golpeándose en el pecho) no se atreven. (Con ruda ironía.) Pero luego, cuando él no está delante, murmuran de la mujer á quien ha sacrificado su vida. (Con vigor.) Entre cuentos de viejas y habilillas de cobardes, van á echar por tierra las primeras intenciones de arrepentimiento. (Resueltamente.) No, no, eso no será. Juré hacer la dicha de Magdalena y mi juramento se cumplirá con el auxilio de Dios, si él escu-

cha al que no tiene otra misión que la de borrar en el porvenir todas las infamias del pasado (Con amargura) Mas si no me escucha, entonces aparecerá otra vez el antiguo bandolero. (Cambiando de tono) Pero no, no: ella ha operado en mí un cambio terrible; ella me regenerará. Dios se pondrá de mi parte y Magdalena será feliz.

ESCENA X

MIGUEL ANDRÉS y EL PRIOR

Miguel Andrés al ver al Prior se dirige hacia él y le saluda con brusquedad, pero con cierto respeto)

M. AND. Buenas tardes, don Gregorio.

PRIOR Felices te las dé Dios. Por lo visto, (Señalando al lobo.) has tenido más suerte que tus compañeros. ¡Hermoso animal!

M. AND. Yo conozco sus guaridas. Casi podría decir cuántos lobos nos rodean. ¿Han vuelto ya los cazadores?

PRIOR Sí; están descansando en la fuente de Roldán. Y por cierto, que hay con ellos un forastero que viene buscándote. (Con intención.)

M. AND. (Un poco contrariado.) Algún antiguo amigo...

PRIOR (Con decisión.) No, Miguel Andrés; no es un amigo. Ya lo sabes tú.

M. AND. (Con arrogancia) Bien, ¿y qué?

PRIOR (Dulcemente.) ¿Quieres oirme un momento en nombre de lo que te sea más sagrado? No te voy á hablar de tus asuntos con ese francés, sino de algo más serio.

M. AND (Sentándose contrariado en el banco.) Escucho.

PRIOR Aquí estamos muy bien. Nadie creerá, al vernos, que nos ocupamos en otra cosa que de tu expedición de caza. (Sentándose á su lado. De repente, mirándole con fijeza y muy resuelto.) ¡Tú quieres á Magdalena!

M. AND. (Levantándose rápidamente.) ¿A quién le importa eso?

PRIOR (Levantándose también.) A tí y á ella. Si la quieres, cásate con esa mujer antes que la murmuración la cierre todas las puertas, desde las del templo hasta las del cielo.

M. AND. ¡Casarme yo con Magdalena! ¡Imposible!

PRIOR ¿Por qué? ¿Quién lo impide?

M. AND. Lo impide mi conciencia, mi deber; lo impide... Pero no hablemos de eso; si no voy á creer que ha venido usted á martirizarme, y no quiero pensarlo; porque es usted la única persona que me inspira confianza y respeto, la única que ha despertado aquí dentro (Golpeándose el pecho.) lo que dormía profundamente, la única que podría dominarme. Pero cállese, usted, no me hable de Magdalena.

PRIOR (Con decisión.) Sí; de ella hemos de hablar. Es preciso que os caseis. Esa será la única manera de acallar las murmuraciones. Yo no creo que en vuestra vida haya nada reprochable; pero en fin... por ella te lo ruego. Casaos.

M. AND. Imposible. Eso... No; no me casaré, porque en su lecho de muerte juré á su madre hacer la felicidad de Magdalena uniéndola al único hombre que ella ha querido, al solo que la merece. Tan pronto como Valentín regrese de América cumpliré mi juramento.

PRIOR (Dulcemente.) ¿Pero tú crees que él querrá?...

M. AND. (Con fiereza.) Valentín cumplirá su palabra ó...

PRIOR Es un hombre honrado y quizá...

M. AND. (Interrumpiéndole vivamente.) Mil veces más honrada es Magdalena.

PRIOR Sí; pero las apariencias...

M. AND. ¡Las apariencias! (Con desprecio.)

PRIOR Valentín sabrá lo que se murmura y despreciará á Magdalena, ó no se presentará á cumplir su compromiso. No olvides esto y ponte dentro de la realidad. Adiós. (Vase el Prior por el lado derecho de la carretera.)

M. AND. (Después de los primeros compases de la orquesta.) ¡Despreciarla él!

ESCENA XI

MIGUEL ANDRÉS

Música

No cabe ya la duda;
me dijo la verdad:
es inútil que airado
la deje de escuchar.
Me roban su cariño,
me arrebatan la paz,
la dicha, la existencia,
la salvación quizá.
Nada pueden mis bríos,
nada mi voluntad.
Mi fama de hombre-fiera,
¿de qué me servirá?
Ideas que en la mente
combatís con afán,
vencido en vuestro campo
mi corazón será.
Se mata al enemigo
que se presta á luchar;
pero á los que traidores
no hacen frente jamás,
al que hiere en la sombra
y entre las sombras va
no se le vence nunca;
no puede el huracán
con toda su pujanza,
la yedra separar
del tronco de la encina
donde clavada está.
Estas odiosas murmuraciones
harán que enojo sienta por mí;
porque ellas pueden arrebatarla
todo el cariño de Valentín.
¡Dios de los cielos, ve mi suplicio,
dame una prueba de tu bondad,
no hagas que pierda la fe en tu nombre
que aquí en mi pecho grabado está!

(Se oyen las voces de los cazadores. Empieza á anochecer.)

ESCENA XII

El MISMO y JULIÁN; después PEDRO y algunos CAZADORES

Hablado

JUL. (Entrando por la senda y viendo el lobo muerto) Aquí está el enemigo. (A Miguel Andrés.) Tú le has cerrado la boca.

M. AND. (Con brusquedad.) Como siempre. ¡Si pudiera cerrar tan fácilmente otras que hacen más daño!...

JUL. ¡Tan fácilmente! pero que te ganas una onza con presentar el cadáver. (Señalando al lobo.) Yo he andao tres días y no he conseguido ver uno. ¡Ah! con ese dinero, si fuera mío... (Contempla al lobo con envidia.) ¡No iban á ser pintas de lo negro! ¡Uy, Noé de mi vida!

PEDRO (Apareciendo seguido de algunos Cazadores, á Julián.) ¿Lo has traído tú, Julián?

JUL. ¡Ojalá! pero yo no cazo más que monas, ó mejor dicho, me cazan á mí.

M. AND (A Julián.) Carga con él, te lo regalo.

JUL. (Admirado.) ¿Me lo regalas?

M. AND. Sí: llévatelo, y al pasar dí en mi casa que no me esperen esta noche. Me vuelvo al monte: prefiero aquellos lobos. (Vase por donde salió.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos MIGUEL ANDRÉS. Después CAZADOR con otros

JUL. Este hombre vale... por lo menos diez y seis duros; los que me regala.

PEDRO Vale mucho más que todos nosotros juntos; si alguien le tiene manía por algo será.

JUL. Y dilo, Pedro; ya sabe él lo que se hace. Quizá veas aparecer muy pronto una luz en la montaña: es el faro de los contrabandistas. Tendrá cita con ese *mosiú* que ha ve-

nido buscándole y que, de seguro, conoce estos andurriales mejor que nosotros. Por eso Miguel Andrés no ha querido detenerse á entregar el lobo. Allí ganará más. Ayer me contaba el pastor cómo hacen el contrabando. Llegan los franceses guiados por esa luz y traen los paquetes muy bien preparaditos.

PEDRO Pero... si la tal luz es faro para los contrabandistas también lo será para los carabineros y..

JUL. (Interrumpiéndole.) Y... ya se ve que no fuiste tú quien inventó la pólvora. Esa luz resulta un acertijo para los que no estamos en el secreto. Es una bisoja; te mira á tí y me ve á mí. Se sabe donde apunta, pero se ignora donde da. Es decir: donde se hace el negocio. Miguel Andrés tiene á su gente abajo, en el fondo del precipicio: en cuanto le presentan los bultos los coge, se acerca con ellos al borde del barranco, y levantándolos á la altura de su cabeza, con el cuerpo casi en el aire... ¡zás! los arroja tan fuerte que llegan al fondo rompiendo las malezas que encuentran en su camino; y él siempre tranquilo, sin el menor desvanecimiento, como si estuviera en su c ma, espera la señal, para saber que lo enviado llegó á su destino. Acabada la faena, los otros se vuelven á Francia y él toma el camino de su casa ó duerme en el monte sin más compañía que su perro.

PEDRO (Con intención.) Si el pastor ha visto, eso, ¿por qué no da parte?

JUL. Por cerote. Cualquiera haría lo mismo. Todo eso lo presenció en cierta noche, subiendo á la chaola; pero al poco tiempo, cuando más tranquilo estaba pensando en lo que había visto, se encontró con la visita de Miguel Andrés. El pobrete se quedó patidifuso creyendo que aquel hombre había ido por los aires. ¡Tan deprisa llegó! ¿Qué has visto? le pregunta.—¿Yo? ¡Nada! responde temblando. Pues bien, escucha, le replicó el aparecido: lo mismo que arrojo los fardos,

puedo tirar los hombres. Conque... ¡ojo!... Luego le echó al suelo un duro y se alejó, dejando al pastor medio muerto del susto.

PEDRO ¡No es para menos! (Llega el Cazador con otros.) (Al verles.) Ya estamos todos.

JUL. Entremos en el lugar triunfantes con nuestra caza.

PEDRO Dirás con la de Miguel Andrés.

CAZ. ¿Y ese?

JUL. No viene. Se ha ido al monte, y ¡chitón!

PEDRO Vamos, y entremos alborotando para que sepan que no se ha perdido el día.

JUL. ¡Hala! y en cuanto lleguemos, derechicos á la posada. Yo pago las copas, es decir, las paga el difunto. (Señalando al lobo.) Y que vendrán de perillas, porque el invierno se ha echao encima sin avisar, y cuando al pico de *Mendichuri* se le enfrían las narices, aquí nos convertimos en sorbete.

PEDRO Si no hay vino.

JUL. ¡Choca! Esa es la mejor hoguera.

PEDRO Vamos á buscarla.

JUL. Voy á cargar con los dieciséis duros de Miguel Andrés.

TODOS Andando.

JUL. (Echándose el lobo sobre los hombres.) Muchachos, ¡y lo que pesa una onza en carne de lobo!

TODOS ¡Já! ¡Já! (Vanse por la izquierda con dirección al pueblo, entonando la canción de los cazadores.)

ESCENA XIV

DICHOS. Luego MIGUEL ANDRÉS

Música

CAZ. (Alejándose.)

No echamos un mal día:
si el lobo se burló
de tantas escopetas
y tanto cazador;
si fué del llano al monte
ya allí no volverá:

así uno cada día
dejaba al pueblo en paz.

(Aparece Miguel Andrés en la cumbre de la montaña y mira á los Cazadores que se alejan.)

M. AND. Contentos con mi caza
al pueblo se van ya,
y otra vez sus hablillas
en mí se cebarán.
¿No habrá entre todos ellos
ni uno sólo capaz
de leer en mis ojos
lo que allí escrito está?
¿No ven que Magdalena
me inspira mucho más
que un cariño de amante
egoista y brutal?
¿Y ha de ser ella la sóla víctima
de tanto imbécil sin corazón?
No; no es posible que así suceda,
contra esas turbas á luchar voy.
Nada me importan sus necias iras,
mi noble empeño protege Dios;
y aquí en la cumbre de estas montañas,
obra gigante del Creador,
donde no llega la ola del cieno,
donde es más pura la luz del sol;
frente á esas torres de Roncesvalles
mi juramento repito yo.
Ecos del monte, haced que á la Virgen
con mi alma entera llegue mi voz.

(Los Cazadores, lejos, cantan siempre el coro anterior combinado con las frases de Miguel Andrés. Al final se oye la campana de Roncesvalles que toca á la oración. Ha anochecido. Empieza á nevar suavemente. En la cumbre de la montaña aparece una luz roja. Miguel Andrés permanece en el alto mirando á las torres de Roncesvalles.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La escena representa la plaza del Castillo en Pamplona. Al fondo el palacio de la Diputación provincial. En primer término, á la derecha, un café en los arcos. Mesas, sillas y taburetes, fuera del café. A la izquierda, más arcos de la citada plaza

La acción se desarrolla durante las primeras horas de la mañana en el mes de Julio.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón estarán desayunando en el café varios montañeses, aragoneses, roncaleses, etc., etc., todos con traje de fiesta. En una de las mesas se hallan PEDRO, CAZADOR, FRANCISCO y JULIÁN. En la contigua estarán los aragoneses. Van saliendo hombres y mujeres del pueblo, los cuales, siguiendo á las dulzainas, se dirigen á la Plaza de Toros. Luego viene un grupo de GUIPUZCOANOS, con tamboril y dulzaina. En medio de la algazara y animación de la fiesta, bailan y cantan un zortzico. Se oye á lo lejos una banda de música militar que toca un pasa-calle: la banda se va acercando de manera que el mayor grado de sonoridad sea al aparecer en escena. Después se aleja y el CORO adquiere gran animación terminando con vivas y frases de júbilo. Todo cuando se indique.

Música

PAMPLON. Dicen de España
que no hay dinero,
los que nos miran
con altivez.

Vengan, si quieren,
por las mecetas,
y aquí los duros
verán correr.

—

Ferias, corridas,
bailes, conciertos...
de todo vamos
á disfrutar;
pues aunque alguno
caiga rendido,
luego en un año
descansará.

—

Entre las gaitas,
los tamboriles,
y con el vino
que es lo mejor,
ya vacilantes
van las cabezas,
y en la garganta
falta la voz.

—

Y mientras tanto
que allá en el ruedo
lucha la fuerza
con la intención,
corre la bota
por los tendidos
llevando el mosto
y el buen humor.

—

Cuando el espada
no está de suerte
y al pueblo aburre
su pesadez,
todos los restos
de las meriendas
son los adornos
del redondel.

—

Unos aplauden,
otros protestan,
y á cada paso
se arma un belén;
pero de pronto
suena la jota,
se hacen las paces
y hasta otra vez.

—

(Aparecen los Guipuzcoanos.)

GUIPUZC. Hoy dejamos nuestra Guipúzcoa
y venimos á San Fermín,
que entre pueblos que son hermanos
paz eterna debe existir.
Son las fiestas de los navarros
las mejores de este país.

—

Es el ritmo de nuestra danza
cadencioso como el que más,
y á la jota no tiene envidia
aunque sea más popular.
Si ella tiene muy grandes bríos
tiene el otro más seriedad.

(Bailan un zortzico entre los aplausos y los vivas de todos. Los acordes de la banda que se oyen lejos, interrumpen el baile.)

CORO Se acerca aquí la banda;
ya en toda la ciudad
la gente bullanguera
dispónese á gozar.
Al son del paso doble
las calles recorrió;
ya no hay nadie que duerma
en esta población.

(Entra la banda en escena y la cruza tocando.)

CORO ¡Vivan las fiestas
de San Fermín,
las más hermosas
de este país!
Todos unidos

vamos en paz
de los festejos
á disfrutar.
Y aunque los hombres
sesudos digan
que esto es un barrio
de Morería,
siga la lucha
surja el valor,
reine en la plaza
la animación.
(Vase el coro bulliciosamente.)

ESCENA II

JULIÁN, FRANCISCO, PEDRO, CAZADOR, ARAGONÉS y CAMARERO.

JUL. ¡Viva la alegría, y viva San Fermín, el santo de más campanillas y más bullanguero del almanaque! ¡Mozo, (Llamando.) venga ron, échanos á cada copa, y repite la suerte hasta que yo te avise!

CAM. ¡Recontra! ¿Has tenido alguna herencia? (Entra en el café.)

JUL. Sí: hace muchos años; el día en que me echaron al mundo, siempre la llevo encima y la reparto con cualquiera: la alegría.

FRAN. (Riendo.) Pero de fijo que la dabas por unos cuantos robos de trigo.

JUL. ¡Este rato! ¡Qué he de dar hombre? El trigo se acaba, el dinero se va como agua en cesto y el buen humor no se pierde nunca. Ahí tienes á Miguel Andrés. Todos sabemos que no se dejaría ahorcar por unos cuantos miles de duros; ha venido á San Fermín por vender un porción de ganao, y siempre está el hombre con el físico más largo que la cuesta de Espinal, con un entrecejo que da cerote y más callao que un santo de piedra.

PEDRO No, pues antes maldito lo que le importaban los ochavos.

FRAN. Ni ahora tampoco: los quiere para Magdalena. Nada se le figura bastante para ella.

JUL. Pero ¡mozo! (Llamando.) ¿No vienen esas copas?

CAM. (Saliendo.) Aquí están, hombre: no hay que apurarse, que no se acaba la tienda. (Sirve las copas.)

JUL. Sí; pero no es cosa de engullir esto como quien embute longaniza. Hay que saborearlo para que no se atropelle en el gaznate; porque pensar que en cuanto vengan los toros no me voy detras de ellos á la plaza eso es pensar un disparate, pero de los más gordos.

FRAN. No deben tardar.

CAM. Ya vienen luego, sí: en cuanto suene el *cuhete* de la plaza yo les avisaré; les llevaré adentro y los veremos pasar tan cerquica que casi les podríamos tocar los cuernos.

ARAG. A ver, pues, si tiés palabra, maño, y avisas: miá que yo no hi visto nunca la entrá e los toros y no quió dime á Zaragoza sin vela.

CAM. Estese descuidao. (Vase.)

FRAN ¿Es la primera vez que vienen á Pamplona?

ARAG. ¡Otra! no es la primera; pero nunca nos ha tocau por San Fermín.

JUL. ¿Y no conoceis las fiestas? Pues haceos cuenta de que hasta hoy no habeis vivido.

ARAG. ¡Rediéz! no quió desprecialas; peró miá tú que las del Pilar son bien majas.

FRAN. Sí; son muy bonitas.

JUL. Todas son buenas; pero á mis navarricas me atengo. El que después de los cuatro días de jolgorio se quede tan templao, es un hombre. Ya ha empezao el jaleo, ya se metió en faena el garganchón y... hasta el domingo. Ahora vienen los toros, y en seguida tenemos novillada gratuita con revolcones, también gratuitos, y sustos y gritería, y baile y música, y sol y mujeres de primera.

ARAG. ¿Tamién gratuitas esas?

JUL. Pues, ¿que hacer? ¡Claro que sí! Las navarras netas no se venden. O se las conquista, ó perdone usted por Dios, hermano. Acaba

la noviliada, y á escape al juego de pelota y al concierto, y á la calle de Estafeta á oir música y ver el señorío. De allí á la mesa, y volando á la corrida, y después al ferial, y luego al teatro, y al circo, y á las barracas, y á los fuegos artificiales. Al poco rato ya amanece Dios, suenan otra vez las gaitas y los tamboriles, se disparan cohetes, se alegra la gente, va el botillo de mano en mano y el peleón de boca en boca, y tó Cristo te obsequia, y te convida, y te lleva á su casa, y se pone de morro si no aceptas, y te tiene por un tísico si no comes por diez y bebes por mil. Estas son unas fiestas de cuerpo entero; las otras son de busto. ¡Por Navarra y San Fermín! (Bebe. Los demás beben también. Han ido desfilando poco á poco, dirigiéndose á la Plaza, los grupos que había en el café.)

ARAG. (A los otros aragoneses.) Maños, mejor será dinos á la plaza pa coger puesto y ver la entrá. (Se levantan los aragoneses. Dirigiéndose al grupo de navarros.) Condiós.

FRAN. Divertirse y gastar poco.

ARAG. (Alejándose con los otros.) ¡Otra! sigún tu paisano, aquí tó es de baldes.

JUL. (Imitando el tonillo del Aragonés.) ¡Otra! Tó, menos lo que cuesta los dineros. (Ha quedado sólo el grupo de Julián, Francisco, Pedro y el Cazador.)

PEDRO Mucho tarda Miguel Andrés.

CAZ. Estará recorriendo las tiendas con Magdalena y comprando los regalos de boda.

FRAN. Esa boda aun no la he visto yo.

JUL. Ni nadie. Como que no se ha hecho.

PEDRO Pero se hará; y pronto.

FRAN. O no se hará; ni pronto ni tarde.

CAZ. ¡Bah! Si tan seguro tuviera yo el cielo... El Prior se ha empeñao en casarlos y los casará.

PEDRO Y cuando á don Gregorio se le mete una cosa en la cabeza, boca á bajo todo el mundo.

FRAN. Pues lo que es ahora, (Con intención.) ni don Gregorio ni San Gregorio, harán que Miguel Andrés y Magdalena se casen; porque... porque no, vaya.

PEDRO (Asombrado.) Pues, ¿quién lo va á impedir?
FRAN. Eso no os importa á vosotros. (Se levanta.) Pero, en fin, (Señalando á Julián.) este, que todo lo sabe os lo dirá. (Entra en el café.)

ESCENA III

DICHOS menos FRANCISCO, después el CAMARERO

PEDRO Ese no puede oír hablar de esta boda.
JUL. Si Miguel Andrés se descuida, no sé yo para quién será la chica.
PEDRO No me pondría yo entre esos dos; pero vería con gusto el que Miguel Andrés le zurrase. Vamos; (A Julián.) dinos todo eso que sabes.
JUL. (Aparte.) ¡Vaya un lío! ¡Si yo no sé nada! Pues aquí hay que inventar algo ó reviento mi fama de Gaceta.
PEDRO ¿Que no se hará esa boda?
JUL. (Resueltamente.) No señor. Aquí, don Gregorio, con ser tan Prior y tan sabio, puede menos que un monaguillo. (Con misterio.) Magdalena está enamoradísima de Francisco. (Aparte.) ¡Aprieta! (Alto.) y ha jurao que será suya ó de Dios. (Aparte.) Ya la dejo caminito del convento
PEDRO Entonces, ¿por qué huye siempre de él.
JUL. Por disimular y guardar el secreto. (Aparte.) ¡Y tan secreto! Como que ni ella misma lo sabe. (Alto.) Le ha dicho que espere la llegada de Valentín, y como á este le contarán lo que de ella y de Miguel Andrés se murmura en el pueblo, la dejará con un palmo de narices; y así pasa por víctima y por constante y hace su santísima voluntad casándose con Francisco. (Suena un cohete. Se oyen á lo lejos gritos, silbidos, cencerros y ruido de carreras.)
CAM. (Saliendo.) Muchachos, ya llegan los toros. Venir, venir á verlos pasar. (Entran todos precipitadamente en el café. Se oye más cerca el ruido de las voces y se acentúa el de las carreras. Cuando se supone que los toros pasan por detrás de la Plaza, algunos paseantes y chicos del pueblo, que están en la escena, corren á verlos. Cesan poco á poco las voces y carreras.)

ESCENA IV

VALENTÍN

Música

Ciudad hermosa,
patria querida,
siempre en mi ausencia
pensaba en tí,
que no hay más cielo
ni más encanto
que las montañas
de mi país.
Alegres notas
de los cantares,
gratos recuerdos
de mi niñez,
nunca tan puros
ni tan brillantes
en mis deliquios
yo los soñé.
Los pocos años
que anduve errante,
lejos, muy lejos
de esta región,
son un paréntesis
de mi existencia,
que allí mi vida
no estaba, no
Al dejar estos
muros de piedra,
cerco bendito
de la ciudad,
sentí que el alma
se desprendía,
y aquí esperando
mi vuelta está...
Hoy, anhelante,
viene hacia mí;
hoy la recobro:
hoy soy feliz.

—

Jamás lo he sido tanto, madre querida,
desde el aciago instante en que te perdí;
y es que tú desde el cielo, mujer sublime,
velas por mí.
Al pisar esta tierra que fué tu cuna,
no sé qué dicha embarga mi corazón.
De tí le habla el ambiente, la luz, el aire
á mi razón.
Te veo en todas partes, madre adorada;
tu espíritu este suelo vino á buscar,
y mientras él exista, nada me puede
abandonar.

(Óyense los gritos y la algazara de la plaza de toros.)

Todo revive,
todo se anima,
todo es bullicio,
todo placer:
hermoso anuncio
de la ventura
y de la dicha
que yo soñé.
Pero esos cantos
de la alegría,
con gusto dejo
por esta vez;
que hay otros cantos
más armoniosos,
y otros acentos
de más valer.
Allá en la falda
del Pirineo,
de mis amores
guarda la fe,
la que muy pronto
será mi esposa,
la que mis penas
sintió también;
la que al marcharse
juró ser mía,
y el juramento
me guarda fiel.

ESCENA V

VALENTÍN, JULIÁN, PEDRO y CAZADOR

(Salen del café Julián, Pedro y Cazador dirigiéndose á los arcos)

Hablado

JUL. (A sus compañeros.) ¡Hala, hala! Vamos á ver revolcar gente, y si queréis dar volteretas por el aire... (Reparando en Valentín.) ¡Calla! ¡Valentín! ¡Qué sorpresa! (Le abraza.)

PEDRO (Abrazándole también.) ¿Cuándo has venido?

VAL. Anoche.

JUL. ¿Y dónde paras?

VAL. En la fonda de los Vascos.

JUL. ¡Fonda! Viva el lujo, chico. ¡Bien se conoce que eres indiano!

VAL. Fuí donde me llevó el mayoral del coche: un día de fonda no arruina á nadie, y yo no pienso estar más tiempo.

JUL. ¡Qué! ¿No pasas el San Fermín en Pamplona? Mira que el santo se va á torcer contigo por el desaire.

VAL. ¿Qué suponen para mí las fiestas? Tengo ansia de llegar al pueblo; tanta, que no aguardo al correo y me voy á caballo por el monte.

JUL. (Aparte.) ¡Si supieras!

VAL. Antes que salga de aquí el coche, estoy yo en Roncesvalles.

CAZ. ¿Pero por qué no avisaste?

VAL. Porque deseaba sorprenderos, y sobre todo, evitar que Magdalena estuviese alterada durante mi viaje.

PEDRO Has hecho bien. Anda, anda, vente con nosotros á la plaza, después iremos al trinquete, comeremos juntos y celebraremos tu llegada.

JUL. Sí, sí; andando. (Hace ademán de marcharse.)

VAL. ¿Qué me importan los toros, ni los partidos de pelota, ni...?

PEDRO Si no quieres venir... hasta luego pues. (Aparte.) Es preciso que Magdalena y Miguel Andrés sepan la llegada de Valentín. (Hace también ademán de marcharse.)

VAL. (Deteniéndoles.) Pero qué, ¿no me habláis de ella? A pesar del cansancio del viaje, no he dormido en toda la noche esperando impaciente que amaneciera Dios para echarme á la calle, á ver si encontraba á alguno del pueblo que me diera noticias de Magdalena; os hallo á vosotros, que os llamais amigos, y en vez de hablarme de lo único que hoy me interesa en el mundo, os callais. Pero, ¿estais ya alumbrados? ¿ó qué os sucede?

JUL. No; aun no cogimos la moscorra; pero la sorpresa de encontrarte... y la alegría de verte bueno y sano... (Aparte.) ¡Cualquiera le dice á este mozo lo del lío de su novia!

PEDRO (Repitiendo como un eco las palabras de Julián.) Eso: la sorpresa de encontrarte.. y la alegría de verte bueno y sano y...

JUL. (Aparte y mirando á Pedro con burla.) Ya me sacó éste del apuro.

VAL. (Enérgico) Pero decidme al menos que está buena, que se acuerda de mí, que no la ha cortejado nadie, que me aguarda..

CAZ. (Con timidez.) Sí; está buena y... te aguarda.

JUL. (Aparte.) Vaya: echemos por la calle de en medio. (Alto) Está en Pamplona. Aquí la tienes. También ella fondea.

VAL. (Excitado y como dudando.) ¿Magdalena aquí? ¿En las fiestas?... (Al ver la turbación de los cazadores cambia de tono.—Con energía.) ¿Por qué no queréis hablarme de ella? ¿Tan terrible es lo que sabéis que no os atrevéis á decirmelo? (Con resolución.) Sea lo que fuere quiero oirlo y no dais un paso más si no me lo decís.

JUL. (Aparte.) Ya escampa.

PEDRO No te pongas así, hombre: cálmate.

CAZ. Hay que tomar las cosas como vienen y...

VAL. (Desesperado) ¡Ah! me ha engañado.

JUL. Eso si que no lo creo; la chica es de ley como las peluconas antiguas; pero no siem-

pre lo bueno es bueno, y como la gente se empeñe en decir que un perro está rabioso... adiós perro.

VAL. (Resuelto.) Acaba pronto.

JUL. Hablas como un libro. Así como así lo habías de saber... Pues hay, que desde hace algún tiempo Miguel Andrés redobló sus atenciones para con Magdalena; no dejaba que nadie la hablase. Todo se le figuraba poco para ella, y no pensó más que en hacer dinero y dar á la moza vida de *canóniga*. Toico lo comestible y bebestible que llegaba al pueblo y valía la pena, ya lo tenías en casa de Miguel Andrés. Y de trapitos no hablemos, podía montar una tienda.

VAL. ¡Eso es mentira! ¡mentira!

JUL. Eso es verdá, verdá. Puedes creerme, que aun es muy de mañana y tengo la cabeza firme. Pues bien; por todas esas cosas, la gente empezó á murmurar y todos creen, como hay Dios, que Miguel Andrés y Magdalena viven lo mismito que dos enamorados... etcétera.

VAL. ¡Pero eso es imposible!

JUL. Yo no lo he visto, ¿sabes? ni me meto en vidas ajenas; bastante tengo con cuidar la propia. Pero la verdá es que don Gregorio tomó cartas en el asunto y ya está todo preparao para la boda.

VAL. ¿La boda? Pero, ¿qué boda? ¿Quién se casa?

JUL. Pues Magdalena con Miguel Andrés. (Valentín hace gestos de angustia.) Porque dice el Prior, que después de lo ocurrido, no hay más remedio que hacer ese matrimonio, en bien de los dos... y por la moral del pueblo.

VAL. ¡Ah! ¡esto es horrible! (Se deja caer en una de las sillas del café.)

CAZ. Y la boda será en cuanto vuelvan de las fiestas.

JUL. (Aparte.) ¡Anda! este se ha encargado de la puntilla.

VAL. ¡Eso no puede ser! ¡no será! Estáis locos ó borrachos. Dejadme, porque de lo contrario no respondo de mí. (Deja caer la cabeza entre las

manos con desesperación. Julián y los Cazadores se alejan contemplándole tristemente.)

JUL. ¡Pobre Valentín! merecía ser dichoso y ¡este rato va á serlo! ¡Ay del que pone su felicidá en manos de las mujeres! (Vanse Julián, Pedro y Cazador.)

ESCENA VI

VALETÍN después MAGDALENA

VAL. No, no lo puedo creer. Es una pesadilla. ¡Y yo que tenía por la mayor desgracia el que ella me olvidase! ¡Esta es más horrible! (Apoya la cabeza en una mano y queda abatido.)

MAG. (Sale pensativa y triste con Fermina y dos aezcoanas; al ver á Valentín, da un grito ahogado á tiempo que él se pasa el pañuelo por los ojos. Las acompañantes se alejan.) (Con desesperación.) ¡Llora! ¡ya le han hablado y Dios sabe lo que le habrán dicho! (Se acerca lentamente —Con gran emoción.) ¡Valentín!

VAL. (Con energía y muy irónico.) ¡Ah! ¡Estás en Pamplona! ¿Has venido, sin duda, por que adivinaste mi llegada? ¡Já, já! (Riendo forzadamente.)

MAG. (Suplicante.) Escúchame, Valentín, escúchame por la memoria de tu madre.

VAL. No la nombres tú.

MAG. (Con dignidad.) ¿También me juzgas como los otros y me arrojas de tu lado sin oirme? Poco arraigo tenía tu cariño cuando tan fácilmente lo destruyes.

VAL. (Aparte.) Esa voz me trastorna. ¡Por qué no habrá perdido la belleza en vez de perder el alma!

MAG. (Acercándose.) ¿Nada respondes? Pues huye, aléjate para siempre. Ya que no me quieres escuchar... adiós pués. (Hace ademán de alejarse.)

VAL. ¿Qué vas á decirme? si ya...

MAG. (Interrumpiéndole y levantando la cabeza con orgullo.) Voy á decirte que todo cuanto has oído es mentira.

VAL. ¡Mentira! ¿Mentira que vives con un hombre bajo el pretexto de ser tu protector? ¿Mentira que con él estás aquí en las fiestas? (Exaltándose.) ¡Cómo será esa mentira que hasta el prior ha decidido casaros para que vuelva al pueblo la perdida honradez!

MAG. Valentín: ¡cálmate, por Dios, y escucha!

VAL. ¿Qué pruebas vas á darme?

MAG. ¿Te las dieron acaso los que me infaman?

VAL. ¡Calla, calla! ¡Si no puedes negar lo que todos dicen! No consigas que me vuelva loco y haga un disparate. (Se acerca á ella con violencia y hace ademán de pegarla, mas se detiene bruscamente.)

MAG. (Animada y suplicante.) El tiene afán de hablarte.

VAL. Ya se todo lo que pudiera decirme. A él le aborrezco; á tí te perdono.

ESCENA VII

DICHOS y JULIAN

Sale éste por el fondo interrumpiendo el diálogo. Viene algo beodo

Música

JUL. (Dirigiéndose á Valentín.)
El Gobierno no lo entiende:
nada, te digo que no.
Vamos, ¿qué es lo que hacer debe
un ministro previsor?
Dar al pueblo lo que pida;
eso le ocurre á un colchón.
Pues si el pueblo pide fiestas
y las toma con calor,
en vez de haber en el año
un San Fermín, que haya dos,
uno en el mes de la siega
y otro en el mes del turrón.

VAL. ¡Feliz del que se divierte
y nada le preocupa!
¡Dichoso aquel que en su pecho

no abrigó el cariño nunca!
¡Desdichado del que adora!
Para él no hay paz ni ventura.

MAG. Esas ideas tan tristes
destrozan su corazón.
¡Dios mío! dadle la calma
á cambio de mi dolor.

JUL. (A Magdalena.)
Este se queja de vicio
ó toma en serio la vida.
(A Valentín.)
Veamos: ¿porqué te afliges?
¿porque la dama te birlan?
Pues la mancha de una mora
con otra mora se quita.
¿Oyes decir que á Francisco
tu novia está prometida,
que le adora con locura
y que en sus ojos se mira,
que se casará con ella
aunque Dios mismo lo impida;
porque se lo ha prometido
desde que era chiquitita,
que él sabe que es imposible
la boda tan discutida
de ésta con Miguel Andrés?
Pues chico, no tragues quina,
deja que ruede la bola;
vente al café, te convida
este cura... ¡Uy, que cara!
(Riendo)
¡Si el mirarlo me da risa!
(Entra riéndose en el café y mirando con burla á Valentín.)

VAL. (Con brío.)
Se ofusca mi mente,
pierdo la razón;
tanta infamia junta
nadie imaginó.
Dime que es mentira,
dime que tu amor
sólo, sólo es mío,
que no me vendió,
y aquellas promesas

que nadie exigió
le fueron dictadas
por el corazón.
Habla, Magdalena,
habla, que si no
hará un desatino
mi ciego furor

MAG. ¡Qué puedo decirte
si no has de creerme!
¡Como demostrarte
que soy inocente
si el negro infortunio
sobre mí se cierne!
Toda mi ventura
estaba en quererte,
mi vida, mi alma,
mi bien, mi deleite
era tu recuerdo:
sólo en que vinieses
cifraba mi dicha,
mi afán era verte.
¡Pero á qué decirlo
si no has de creerme!

VAL. No hay suplicio comparable
al que por tí estoy sufriendo:
olvidarte es imposible
y creerte, no; no puedo.
Hoy mismo dejo esta tierra
hoy á América me vuelvo,
que hay una muerta en su tumba
esperando mi regreso.
Yo velaré aquel sepulcro
que con su verja de hierro
diríase que aprisiona
de una madre el frío cuerpo
temeroso de que salga
al ver á su hijo sufriendo
y le bueque, y le reanime,
y le arranque de su pecho
una imagen que no cabe
junto á la suya aquí dentro.
(Golpeándose en el pecho.)

MAG. No intento detenerte,
en vano es el luchar,

la voz de mi inocencia
no habías de escuchar.
Te pido, sólo en nombre
de nuestro antiguo amor,
que no juzguez ingrata
á la que, en su dolor,
vive para adorarte,
nada quiere sin tí
y nunca será de otro
Eso te prometí,
Eso sabré cumplirte
y eso tendrá que ser,
Infierno y cielo juntos
no me podrán vencer.

VAL. No quiero escucharte,
me embriaga tu voz,
siento que á tu lado
á olvidarme voy
de que matar debo
mi loca pasión.
Por siempre malditos
se vean de Dios
los que han destrozado
mi vida y mi amor.
Adiós, para siempre,
Magdalena, adió:.

MAG. No quiere escucharme, etc.

VAL. No quiero escucharte, etc.

(Valentín se marcha agitadamente por el fondo. Magdalena le sigue con la vista, se acerca luego á una de las mesas del cafe, y apoyándose en ella llora abatida)

ESCENA VIII

MAGDALENA y MIGUEL ANDRÉS

M. AND. (Sale por la izquierda Aparte al ver llorar á Magdalena.) ¡Qué nuevo infortunio la viene á atormentar! ¿Habrá visto á Valentín y... (Acercándose á ella. Alto.) ¿Por qué lloras? ¿Con quién has hablado?

MAG. Con él.

M. AND. (Con afán.) ¡Y bien...!

MAG. Antes que yo le vieron otros y ya había oído todo lo que le han querido contar.

M. AND. (Con rabia.) ¡Miserables!

MAG. Se marcha creyendo todas esas calumnias.

M. AND. Es preciso que yo le hable en seguida.

MAG. Será inútil.

M. AND. Eso lo veremos.

MAG. ¡Le han dicho tantas y tantas cosas!

M. AND. ¿Quién?

MAG. Todos: Francisco, Julián... ¡qué sé yo!

M. AND. ¿Francisco? ¿No te defendía siempre? ¿No estaba dispuesto á ser tu marido?

MAG. Antes; pero ahora se conoce que me juzga como los demás; peor todavía, pues jura y perjura que esta boda, en la que todo el mundo se ocupa, no se hará.

M. AND. (Con interés grandísimo.) Pero ¿por qué? ¿En qué se funda?

MAG. No quiere decirlo. Y ya puestos los otros á inventar han hecho una nueva fábula: dicen que Francisco y yo nos queremos; y eso lo ha oído Valentín.

M. AND. ¡Jesús!

MAG. He pensado no volver á Roncesvalles.

M. AND. ¡Pues á dónde vas á ir, desgraciada?

MAG. Donde van las mujeres *arrepentidas*. (Irónica.) Allí expiaré entre otras pecadoras, culpas que no he cometido. No son las fiestas las que me trajeron á Pamplona. Vine á aguardar en el convento la vuelta de Valentín, y ahora me encerraré para siempre ya que nada tengo que esperar.

M. AND. ¿Estás loca? ¿Quieres dar la razón á los infames?

MAG. (Con reproche.) Ya que no pudiste cumplir tu juramento, no me obligues á vivir despreciada por todos. (Exaltándose.) ¡Pues esa boda, como dice Francisco, no se hará!

M. AND. (Maquinalmente.) ¡No se hará!

MAG. No; no se hará, porque yo no quiero; porque no hay más que un hombre para mí en el mundo y ese me desprecia.

M. AND. Espera que yo le vea.

MAG. ¿Para qué? (Con mal humor.) Ya es tarde. (Vase.)

ESCENA IX

MIGUEL ANDRÉS

¡Ah! como siempre; sin darse cuenta, va trocando en odio el cariño ó el agradecimiento que la atraía hacia mí. ¡Malditos los que han borrado el único consuelo que tuve en mi vida! Ella que ha levantado mi alma, me aborrece; ve en mí la causa de su desgracia. (Cambiando de actitud.) No; buscaré á Valentín; de grado ó por fuerza irá á Roncesvalles y oirá al Prior. En cuanto á Francisco ¡oh! á ese le obligaré á hablar para después hacerle callar. (Siniestramente. Vase.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

La escena representa una calle en Pamplona.

ESCENA X

Grupo de MOZOS y MOZAS que se dirigen á la feria

Música

MOZAS ¿Dónde vamos?
MOZOS A la feria;
os queremos obsequiar
y hay allí cosas muy majas
que están diciendo: ¡comprad!
MOZAS ¡Viva el rumbo!
MOZOS Aquí no hay rumbo;
os merecéis mucho más:
un día, al fin, es un día
y el dinero es pa rodar.
Mientras dure, ¿quién se apura?
y en acabándose, en paz.

—

Mozas

Yo quiero un pañuelo rojo
que me pondré en la cabeza
y él la dirá que por tí
arde la sangre en mis venas.

—

Yo quiero un collar de vidrio,
con blanca cinta de seda,
y él dirá que soy tu esclava
mientras á serlo me avenga,
pues al punto en que me canse
rotas quedarán las cuentas
y hecha añicos en mis manos
la blanca cinta de seda.

—

Yo quiero una medallica
de la Virgen del Pilar,
que diga que es mi cariño
firme como aquel sitial;
pero hacen falta devotos
que le pongan un altar.

—

Mozos

Tendreis los pañuelos,
tendreis los collares,
tendreis las medallas,
y en esos altares,
devotos iremos
todos á rezar.
¡Quien á estas santas
no ha de adorar!

Mozas

Tendremos pañuelos... etc.

Mozos

Tendreis los pañuelos... etc.

(Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Exterior de la Plaza de Toros al fondo. La puerta principal frente al público. A la izquierda la fonda de los Vascos. A la derecha una taberna con mostrador saliente, en el cual habrá vasos botellas etc., etc. Va á terminar el encierro de los toros y alguna gente comienza á salir de la plaza, suponiéndose que lo hace por otra puerta que no ve el espectador. Aparece un grupo de montañeses entre los cuales están Francisco y Pedro. Todos se dirigen á la taberna y allí piden unas copas.

ESCENA XI

MIGUEL ANDRES, FRANCISCO y PEDRO, despues VALENTIN y CORO DE HOMBRES.

M. AND. (Bruscamente.) Venía buscándote; es preciso que hablemos.

FRAN. Puedes empezar cuando quieras: soy todo oídos.

M. AND. Has dicho á todo el que ha querido escucharte que no me casaré con Magdalena, que esa boda no se hará aunque se empeñen todos los priores del mundo.

FRAN. Sí; lo he dicho.

M. AND. ¿Y por qué?

FRAN. (Con rentintin.) Porque me dió esa ocurrencia y además ya ha llegado Valentín. (Con sorna.)

M. AND. (Tranquilo.) Francisco, no me irrites; no me lleves donde no quiero ir, porque cuando te arrepintieras, sería tarde.

FRAN. Y tú no te vengas con esos aires de perdonavidas, que á mí no me asustan los guapos. Dije lo que me pareció y asunto concluído.

M. AND. No: asunto empezado; ahora es cuando principia: el fin... lo verá quien lo vea. No te consiento que hables de mi boda, no tolero que cites á Magdalena. El que calumnia á

una muchacha tan digna, tan buena, que si hubiera altares en el Cielo, podría ocupar el más cercano á Dios, ese hombre es un infame que no debe vivir entre las gentes honradas.

FRAN. (Con ironía.) ¡Con qué calor la defiendes! ¡Bien se conoce que te interesa de verdad!

M. AND. Es que está sola en el mundo.

FRAN. (Siempre irónico.) No se halla tan sola; ya te tiene á tí.

M. AND. Sí; me tiene para aplastar á los que como tú la ultrajan.

FRAN. (Con brío.) Ea: acabemos. Ya estoy harto de sufrir tus insultos. ¿Qué quieres de mí?

M. AND. Quiero que me expliques por qué no se hará mi boda; tú siempre hablas con segunda y algo te proponías al soltar esa especie.

FRAN. Decir lo que creía una verdad. Y dejemos la cosa así; no me obligues á hablar, porque entonces tú serás el primero en sentirlo.

M. AND. (Aparte y con asombro) ¡Ah! (Alto.) Es que á veces hay más ofensa en lo que se calla que en lo que se dice. (Exaltándose.) Es que obligar á los imbéciles á que adivinen lo que no quiso explicárseles con lo poco y rastrero que se les descubre es una infame bajeza: los canallas son muchos y siempre piensan en canalla. Y tú eres de esos, mayor que los otros, porque tienes inteligencia y sabes donde llegan tus medias palabras.

FRAN. (Con viveza.) No quiero sufrir más tiempo tus insultos. Vamos. Allí detras de la muralla te contestaré como mereces.

M. AND. Calma: no lleves tanta prisa. Allí no podríamos matarnos; no faltaría quien lo impidiese. Además el que venciera caería en las garras de la justicia.

FRAN. Voy creyendo que tienes miedo y ese te hace hablar así.

M. AND. Porque no lo tengo y porque quiero acabar de una vez contigo es por lo que te cito el monte. Allá, solos, teniendo á Dios por único testigo podremos entendernos.

FRAN. (Casi gritando.) No: aquí; ahora mismo... ¡Co-

barde! (Se van acercando, al oir hablar fuerte, los montañeses que estaban bebiendo.)

M. AND. (Exaltado) No me obligues á que te ahogue entre mis manos. (Le coge por los brazos y lo arroja al suelo con gran facilidad. Todos se acercan.)

FRAN. (Levantándose.) Allá nos veremos.

Música

PEDRO
Basta, Francisco.
Basta, Miguel.
Fuera cuestiones,
no disputéis.
Bebamos juntos.

MONTAÑESES Sí, sí; á beber.

(Francisco no acepta, y aunque los demás procuran detenerle, no lo consiguen. Vase.)

—

PEDRO
Brindo por la más hermosa
de todas las montañesas,
y con esto, sin nombrarla,
ya sabéis que es Magdalena.
¡A su salud, compañeros!
¡bebamos todos por ella!

—

MONTAÑESES
Por la más hermosa
de las montañesas,
por la que al mirarnos
sus ojos nos queman;
por la que fascina,
por la que arrebata,
por la que han perdido
no pocos la calma.

M. AND.
Estos miserables
que tanto la alaban,
son quizá los mismos
que hacen su desgracia,
los que la maldicen,
los que su honra matan,
los que no vacilan
en tejerla infamias.

(Conjunto.)

(Antes de terminar las estrofas anteriores aparece Valentín, el cual sale de la fonda.)

—

MONTAÑESES (Al verle.)
Toma un vaso, Valentín,
y tu brindis une al nuestro.

M. AND. (A Valentín.)
Antes quiero que me escuches.
¡Gracias á Dios que te encuentro!

VAL. Nada tengo que escuchar,
y ¡por Dios! que no comprendo
tanto cinismo en un hombre:
lo estoy viendo y no lo creo.
Aquél que invocó á la Virgen
haciéndome el juramento
de velar por Magdalena
mis amores protegiendo;
el que alentó mis propósitos
de seguir lejos, muy lejos,
ganando oro que ofrecerla;
en tanto que mis esfuerzos
sobrehumanos me mostraban
la cima de mis deseos
él deshonraba á mi novia
y con bastardos intentos
no la dejó más camino
que ser suya ó del convento:
ese hombre vil no merece
el honor de mi desprecio.

MONTAÑESES O este hombre está loco
ó busca la muerte,
insultar en público
á hombre tan valiente
y con el que nadie
jamás se atrevió
es una demencia,
no es mostrar valor.

M. AND. Si otro que no fueses tú
me dijera lo que has dicho,
no le dejara seguir;
mis manos hubieran ido
á juntarse en su garganta
y acabaría aquí mismo
con palabras tan injustas
la vida de quien las dijo,
terminando las calumnias
de cobarduelos inicuos.

Magdalena es hoy tan pura
como el día del bautismo.
Vé á Roncesvalles, y allí
en aquel santo edificio
que para los montañeses,
más que una iglesia es un símbolo,
te hará saber el prior
que es verdad cuanto te digo,
y allí, en aquella basílica,
te cumpliré lo ofrecido.

VAL. Esas palabras
me hacen dudar.
Dios de los cielos,
¿serán verdad?
¿Podrá la dicha
volver á mí,
después de tanto
y tanto sufrir?
No, no es posible;
no puede ser:
en sus promesas
jamás creeré.

—

M. AND. De mis palabras
no dudará,
llevan el sello
de la verdad.
Ya me conoce,
sabe que en mí
no cupo nunca
poder mentir.
Noble es mi causa,
grande mi empeño
que mis designios
proteja el cielo.

—

MONTAÑESES ¿Quién á no verlo
pudo creer
que se achicase
Miguel Andrés?
Y pues se calla,
no hay que dudar,

que hay un misterio
¡bien claro está!
Cree en la Virgen,
tiene fe en Dios;
él ha tocado
su corazón.

—

VAL. (Con energía.)
No me esperes en la cita,
porque no quiero acudir;
deja que siga mi suerte.
Adiós: reniego de tí. (Vase.)

M. AND. (Enérgico.)
¡Vive Dios! que mi paciencia
ya va tocando á su fin;
si no de grado por fuerza
yo haré que vayas allí.
(Vase detrás de Valentín.)

MONTAÑESES Es preciso separarlos
porque se van á matar.
Miguel Andrés no razona
cuando enfurecido está.
(Vanse algunos tras de los dos. Los demás quedan en escena.)

ESCENA XII

PEDRO, MOZAS y MOZOS

Se ha abierto la puerta principal de la plaza de toros viéndose el interior del circo. Por la citada puerta sale un gran grupo de Mozos y Mozas

MOZAS (Al ver correr.)
¿Qué pasa allí?

MOZOS ¿Quién lo sabe?
(Haciendo ademán de mirar á los que corren.)
Unos que van á reñir.

MOZAS Al demonio se le ocurre
pelearse en San Fermín.

MOZOS Rencillas de pueblo
de fijo serán.

Allá se las hayan:
ya se arreglarán.
¡Hala, chiquillas,
pronto, á bailar!

(La escena adquiere gran animación. El Coro alienta á los que bailan.)

PEDRO Siempre que canto á mi tierra
ensalzar creo á la patria,
que la madre se envanece
cuando á sus hijas se alaba.

—

CORO Todo pasa de moda,
todo viene y se va;
solamente la jota
con el mundo se irá.
Y aunque todos la olviden,
en mi pueblo la oirán
mientras haya un navarro
que la pueda cantar.

—

PEDRO En las redes del amor
no me dejo sujetar,
que también pueden reir
ojos que saben llorar.

—

CORO Vamos á gozar,
vamos á reir,
que pesares hoy
no ha de haber aquí.
Ansia de placer
llene el corazón,
que para sufrir
no nos hizo Dios.

(Gritos, vivas y algazara. Algunos mozos arrojan sus boinas por el aire. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta de un pueblo en la montaña de Navarra, cerca de Roncesvalles. A la derecha, en primer término, una casa de un solo piso y pobre apariencia con puerta y ventana practicables. A la izquierda, en primer término, otra casa. Esta de dos pisos y mejor aspecto, también con puerta y ventana practicables En el segundo, junto á dicha casa, otra igual y con idénticos practicables. Un banco de piedra en la primera casa de dos pisos y debajo de la ventana. Al fondo grandes montañas.

Todas estas casas tendrán los tejados muy altos y puntiagudos y figurarán ser de tablilla ennegrecida. Es de noche. Julián estará dormido en el banco de piedra.

Durante el preludio de la orquesta, atraviesa la escena el cabrero seguido de un perro mastín y tocando una especie de bocina que se usa en el país para llamar al ganado. Después que el cabrero, la cruzaran, también, algunos hombres y mujeres de la aldea que se dirigen al trabajo y van tarareando un aire montañés. A los pocos compases del preludio, irá poco á poco iluminándose la escena, figurando que amanece, de manera que al final del número y coincidiendo con el fuerte de la orquesta se halle todo el escenario en plena luz.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA y JULIAN

ANT. (Mirando desde la ventana de la casita pequeña á Julián que se despierta.) No; tú lo que es, no necesitas colchones para dormir.

JUL. (Incorporándose y apretando con los dedos una bota vacía.) Nada; ni gota. Está más afligida que un llorón.

ANT. (Dirigiéndose á él.) *¡Deo gracias!*

JUL. Buenos días, agüela ¡Cómo se madruga!

ANT. Tú, pues, en cambio no necesitas tomarte estos quehaceres. Parece que te has enamorao de esas piedras.

JUL. ¿Piedras? ¡Cá! No lo crea usté; son jergones de muelle.

ANT. Si tuvieras mi años no dirías eso.

JUL. Ya llegarán, agüela, ya llegarán, so pena e la vida. (Mirando á la bota.) Bien podía usté, sí, alegrar un poco esta pobrecilla que se muere de pena y da cada suspiro ahogao, que parte el alma.

ANT. Anda, gandul, que paece que te hizo la boca un fraile. ¡Claro! habrás estao toda la noche de parranda y ahora á pedir.

JUL. Na e parrandas. Estuve esperando la llegada del coche, porque olí en la posada que había novedades y al hijo de mi madre no le gusta que le cuenten las cosas.

ANT. (Saliendo con gran curiosidad.) Y qué, ¿ocurre algo nuevo?

JUL. ¡Friolera! Ocurre que ha venido... (Se para de repente con la bota en la mano.) ¡Ay, agüela! yo teniendo tan seca la garganta no puedo hablar: ya se lo contaré á usté más adelante.

ANT. ¡Uy qué mostrenco! Tienes una manera de pedir que no hay quien resista. Venga el botillo.

JUL. ¡Si usté se empeña! ¿qué haremos? (Entrega el botillo á Antonia y ésta desaparece entrando en la casa.) Tía Antonia, á ver si es de su tiempo; porque el vino es lo único que gana con los años.

ESCENA II

JULIÁN, ANTONIA. Después NICASIA

ANT. (Saliendo de casa con la bota de Julián, llena.) Toma, arrastrao, que no sé cómo te las compones para vivir sin trabajar.

JUL. Cuestión de suerte y de filosofía. Yo creo que el trabajar es de burros, y como Dios me hizo persona, hay que respetar la voluntá del Señor.

ANT. (Al ver á Nicasia que va con dirección á la iglesia.) ¡Hola, Nicasia! ¿Vas á misa?

NIC. Sí; allá voy (Van apareciendo y cruzan la escena algunas mujeres y viejos del lugar. Aquéllas con cestitos redondos donde llevan dos velas delgadas sin encender. Todas estas mujeres irán con la capucha negra que usan las montañesas navarras para la iglesia.)

JUL. (Alto y mirando de reojo á Nicasia.) Pues sí, tía Antonia, hay novedades. (Nicasia al oir esto se vuelve llena de curiosidad. Julián sonríe maliciosamente.)

NIC. ¿Novedades? Cuenta, hijo, cuenta que tú siempre lo sabes todo. (Disponiéndose á escuchar.)

JUL. Hay .. que ha venido Magdalena.

NIC. ¿Magdalena aquí?

JUL. Estos (señalando á los ojos.) la vieron apearse y entrar en esa casa que es la suya, (Indicando la primera de la izquierda.) si no sale por ahí algun heredero de Miguel Andrés que venga á reclamarla, ó si él mismo no viene por aquí.

ANT. No, como muerto bien muerto está.

JUL. ¿Usté lo ha visto?

ANT. ¿Pero no sabe todo el mundo que Francisco y él cayeron juntos al fondo del precipicio?

JUL. ¡Saber es! Lo que sabemos las personas, es que Francisco y Miguel Andrés se desafiaron en San Fermín, que se fueron al monte, que Francisco murió en la jornada y que del otro Dios no sabe ni esto.

ANT. ¡Ay hija! Sólo de pensar que aquella fiera no

hubiese muerto, se pone una como si tuviera el baile de San Vito. (Tiritando cómicamente.) Lástima que no se pueda bajar al abismo para que salieramos de dudas.

JUL. Si usté quiere ¡hala! le ato una cuerda á la cintura y al *abujero*. Y ya puede, sí, que lo que no han conseguido los hombres lo haga una vieja. Además, allí habrá brujas y entre compañeras...

ANT. Cállate, maldito. Pero, ¿no sabes á qué viene ahora Magdalena?

JUL. Es muy pronto todavía: ya lo sabré más tarde. Ahora me voy á Roncesvalles á averiguarlo. Conque adiós, agüelas.

ANT. Adiós, arrastrao...

(Julián desaparece por el fondo, Antonia entra en su casa y Nicasia toma el mismo camino que Julián.)

ESCENA III

MAGDALENA

(Sale muy preocupada de la primera casa de la izquierza.)

Música

¡Qué horrible suplicio
qué triste existencia!
Me mata la duda,
ya pierdo la fe.
Que espere me dice
un algo aquí dentro
y el fin de mis luchas
muy pronto veré.
Mas pasan los días,
aumenta mi duelo,
se aleja la calma
se va la ilusión;
y en estas confusas
y vagas ideas
la mente batalla
con el corazón.

—

Montañas hermosas,
que en picos gigantes
rasgando las nubes
al cielo llegáis;
montañas grandiosas,
que en vuestras entrañas
del ser más querido
la tumba encerráis,
¡quién sabe si ahora
será la vez última
que tristes mis ojos
os puedan mirar!
¡Quién sabe si en cambio
el negro infortunio
de aquí para siempre
me habrá de arrancar!

ESCENA IV

MAGDALENA y VALENTÍN

Hablado

(Al irse Magdalena con dirección al pueblo, aparece Valentín.)

VAL. (Irónico.) ¡Ah! ¿Es cierto lo que dicen por el lugar? ¿estás ya en tu casa? Es decir, en la de...

MAG. (Con firmeza) Concluye.

VAL. Hay nombres que abrasan mis labios.

MAG. Nombres que yo bendigo: el que los llevaba, me quería de verdad.

VAL. (Siempre con ironía.) Queriéndote tanto, no comprendo por qué se negó á seguir los consejos del Prior casándose contigo.

MAG. Porque ahí no estaba mi felicidad, y él juró...

VAL. (Con el mismo tono, interrumpiéndola) Cumple bien su juramento.

MAG. Bien lo cumplía, y á no ser por la fatalidad... (Cambiando de tono.) pero no, no es posible que Dios consienta tanta infamia; y hasta que

yo sepa que Miguel Andrés ha muerto, no perderé la esperanza.

VAL. (Con extrañeza.) ¡Qué! ¿Tú no sabes si vive?

MAG. (Con sinceridad.) No, no lo sé.

VAL. Pues yo creí que tu venida... (Irónico.)

MAG. Mi venida ha sido porque el Prior me ha llamado, no sé lo que tendrá que decirme. ¿Y á tí no te ocurrió nunca pensar que soy inocente? que... (Mueve la cabeza con desaliento.) ¡Y á eso llamas cariño! No; dí que tu amor propio te domina como siempre, dí que en todas partes ves el ridículo cuando no existe para tí, puesto que ya me rechazaste.

VAL. Pero tú misma quitas la última esperanza, al decirme que nada sabes de Miguel Andrés, el que indudablemente ha muerto.

MAG. (Con terror.) ¡¡Muerto!! No, no; no puede ser.

VAL. ¿Y crees que si viviera no lo sabrías tú?

MAG. (Resignada.) Tienes razón. Si el Prior no encuentra medio de que yo recobre mi honra, que por ella he venido, esta será la última vez que nos hablemos.

VAL. (Excitado.) ¡La última vez que nos hablemos! ¡Y lo dices con esa calma! Dí que vienes para tener la certeza de que ha muerto Miguel Andrés, y dí que sin él nada te importa el mundo.

MAG. (Apasionada.) ¡Oh, calla, calla; no hables así; no quiero que tus últimas palabras, las que han de quedar grabadas aquí, (Señalando al corazón.) encierren un reproche ó una duda; porque sería un suplicio horrible ese constante recuerdo! (Cogiéndole las manos y animándose.) Dime que no me desprecias, que allá en el fondo del alma siempre respetarás mi memoria, que me quieres y que sabes lo que te amo; ¡dímelo, aunque sea mentira! (Antes de terminar estas palabras, se oye la campana del pueblo que repica, anunciando el paso de una procesión. Al oirla Magdalena, entra en la casa, mirando á Valentín que se queda pensativo. Este hace ademán de seguirla, da un paso hacia la casa y luego se detiene, se pasa la mano por la frente, como desechando una idea y se aleja rápidamente.)

ESCENA V

ANTONIA, MARIACHO y FERMINA

(Sale Fermina á la ventana de su casa (la de Magdalena) y mira hacia el camino. Después que ella, y á su tiempo, en la ventana de la otra casa aparecerá Mariacho)

MAR. (Mirando á la otra ventana.) Oye, Fermina: ya viene la procesión.

ANT. (Que salió á la puerta de su casita al oir hablar á las vecinas.) ¿Van muchos penitentes, Mariacho?

MAR. No se distinguen bien. Ahora saldrán del recodo y se verán perfectamente.

ANT. Lo que es si son tantos como la última vez todos caben en el altar mayor.

FER. Por ahí se andarán.

MAR. (Mirando atentamente.) Tres cruces alzadas.

ANT. ¡Tres pueblos! No son muchos: En mis tiempos venía todo el valle.

ANT. Es que se necesita ánimo para cargar con esos maderos. Se ha vuelto la gente muy comodona y antes se condenará cien veces que pasar un mal rato.

FER. (Mirando hacia el fondo.) Ya están en el pueblo.

MAR. Sí, ya han subido la cuesta.

ANT. Voy á aviarme para salir. (Entra en la casa.)

FER. (A Mariacho y señalando hacia el camino.) Mira, mira aquél que se va quedando atrás.

MAR. Algo le sucede, parece que no puede seguir á los otros.

FER. Yo creo que va á caerse. Ha dejado la cruz en el suelo. Aquí viene. ¿Se habrá puesto malo? Voy, voy á ver. (Las dos desaparecen de las ventanas. Sale Miguel Andrés muy fatigado.—Viste traje de penitente. Al aparecer se echa la capucha á la espalda. Llega con trabajo al banco de piedra y se deja caer allí.)

ESCENA VI

MIGUEL ANDRÉS, FERMINA y MARIACHO

Música. – (Recitado.)

M. AND. (A media voz.) ¡Agua... agua...!
FER. (Saliendo.) ¿Se siente mal, hermano? ¿Quiere un vaso de café?
M. AND. (Casi por señas, con voz entrecortada y procurando cubrirse la cara con el pañuelo.) No: agua.. agua... (Fermina entra en la casa y sale al poco rato con un jarro. Entre tanto Miguel Andrés dirige afanosas miradas á la casa y se lleva las manos al pecho como oprimiéndose el corazón.)
MAR. (Saliendo.) ¡Está rendido!
FER. Vendrá de muy lejos. (Miguel Andrés bebe precipitadamente el agua, siempre procurando ocultar la cara.)
M. AND. (Devolviendo el jarro.) Gracias.
FER. ¡Pobrecillo! (En el momento que Miguel Andrés se incorpora trabajosamente para seguir su camino, cae el telón corto.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Una carretera en medio de un bosque. Al fondo grandes montañas. En el último término se divisa la colegiata de Roncesvalles.

ESCENA VII

JULIAN, MOZO 1.º, MOZAS 1.ª y 2.ª. Después ANTONIA, MAGDALENA y FERMINA

(Salen todos marchando en dirección á Roncesvalles).

JUL. (Como respondiendo á una pregunta hecha por las Mozas.) Yo á Roncesvalles, porque allí se puede hoy aprender mucho.

MOZO 1.º ¡Como no aprendas el rosario!

MOZA 1.ª ¿Y Valentín?

JUL. Allí le verás, y si te gusta puedes decírselo.

MOZA 1.ª ¡A buena hora! ¡Así sois los hombres! Parece mentira que un mozo tan guapo ande por ahí como alma en pena por esa...

JUL. (Con retintín.) Por esa... horrorosa. ¡Claro! ¡si la chica es muy fea; si no vale un pepino! ¡Quién fuera Valentín!

ANT. (Saliendo y acercándose.) ¿De qué se trata?

JUL. De que vamos á Roncesvalles á rezar.

ANT. Sí; lo que tú reces no les aprovechará mucho á los santos. Siempre irás á inventar alguna bola como la de marras.

JUL. ¡Cá! ¡Si no ha salido cierto lo que conté por San Fermín! ¡Si Miguel Andrés no estaba celoso de Francisco!

MOZA 1.ª ¡Claro! Por eso le desafió.

MOZA 2.ª ¡Que se maten los hombres por ciertas mujeres!...

MOZA 1.ª Y ella será muy guapa; pero según está de *escolorida*, más parece un fantasma.

ANT. (Mirando hacia el camino.) ¡Chist! Callarse, que ahí viene Magdalena.

MOZO 1.º ¡Lástima de mujer!

MOZA 1.ª ¡Jesús, qué flaca está! (Magdalena, acompañada de Fermina, cruza la escena y saluda sin detenerse.)

MOZAS (Con fingido cariño.) Buenos días, Magdalena: ya sabíamos que estabas aquí.

MAG. (Irónica.) Adiós, *buenas amigas:* voy de prisa. A la vuelta nos veremos. (Vase con Fermina.)

JUL. (Mirando hacia donde se fué.) ¡Requeteguapa!

MOZA 1.ª ¡Orgullosa! Demasiado hacemos nosotros con saludarla.

ANT. ¡Pobrecilla! Dejadla en paz, que ya la queda tiempo de sufrir.

JUL. Pues, agüela, los sufrimientos de esas madres vengan desde el amanecer hasta las oraciones y que sigan luego desde las oraciones hasta el alba.

ANT. ¿Tú qué sabes de monjas?

MOZA 1.ª Pero qué, ¿se mete monja?

ANT. Monja, sí señor; y ha venido sólo para despedirse de la Virgen.

MOZA 2.ª No la queda otro remedio; después de lo ocurrido, ¿quién la va á querer?

JUL. Yo; si ella me quiere y el Prior me asegura que la chica es de ley.

ANT. ¡Toma! diciéndolo el Prior, cualquiera; porque don Gregorio es incapaz de mentir: aunque sin él tu harías cualquier barbaridad. ¡Buena cabeza tienes!

JUL. No es mala, gracias á Dios; pero... vamos á la basílica, que pronto empezará la función, y allí Dios sabe lo que puede ocurrir. Conque.. mucho de aquí (Señalando al oído) y de aquí, (Señalando á los ojos.) y que no le tengan á uno que contar las cosas, porque siempre vienen torcidas.

MOZOS Vamos, vamos. (Se alejan todos)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Interior de la Basílica de Roncesvalles.—El espectador verá la iglesia, de costado (si así puede decirse.) En primer término y de derecha á izquierda estará la nave derecha de la iglesia; en segundo término la nave central; en el fondo de ésta se supone que se halla el altar mayor separado de la nave por una verja de hierro, abierta. Esta la verá el espectador, así como el resplandor de las luces, que figuran estar ardiendo delante de la Virgen. A la izquierda, en el fondo y cerca del altar, un sepulcro de piedra con una inscripción borrosa. Sobre el sepulcro las estátuas del rey don Sancho y la reina de Navarra, en actitud de orar. Confesonarios, bancos, etc., etc. Unas gradas desde la verja al interior, donde se supone que se halla el altar. Al hacerse la mutación y aparecer la escena como queda dicho, estarán en la nave de la derecha los aldeanos de las cercanías de Roncesvalles, aezcoanos, algún roncalés y motañeses. Entre ellos, y en sitio conveniente al efecto escénico, pero sin perder la propiedad, se hallarán Magdalena, Valentín y el Prior. Cerca del altar, dos monaguillos con incensarios. Los penitentes de rodillas detrás de la verja.

ESCENA VIII

MAGDALENA, VALENTÍN, PRIOR, JULIÁN, FRANCÉS, CORO.
Después MIGUEL ANDRÉS

Música

SALVE

CORO — Salve á María, salve á la Virgen
que en Roncesvalles apareció;
es su vestido de rica plata,
lleva en sus brazos al niño Dios.
Para los hijos de estas regiones,
donde arraigada vive la fé,
su hermosa imagen es el amparo,
es la esperanza del montañés.
A ella recurren con sus lamentos,
ella consuela su triste afán;
la dicha toda de los hogares
ella la envía desde su altar.
Repita el eco nuestro saludo,
salve á María, madre de amor;
que hoy implorando misericordia
viene á tus plantas la procesión.

—

(Al terminar el Coro aparece Miguel Andrés, que viene muy fatigado. Se echa la capucha á la espalda y queda en medio de la escena.)

CORO — (Con asombro,)
Miguel Andrés, ¡qué osadía!
El solo fuera capaz,
por burlar á la justicia,
de hacer la cruz un disfraz.

PRIOR — Es él: cumplió su palabra;
al fin pudo aquí llegar:
la casa de Dios le escuda,
hoy le proteje el altar.

MAG. — (Adelantándose anhelante.)
Miguel ¡ah! gracias, Dios mío.

(A él.)
Todo lo espero de tí.
Es el cielo quien te envía
es él quien te trae aquí.
(Al ver que vacila.)
Pero ¡Dios santo! vacilas.
Cede tu cuerpo.

M. Ant. No, no;
fué muy grande la jornada,
tanto andar me fatigó.
Pero te veo á mi lado,
aun puedo hablar y... hablaré.

Val. (A Magdalena.)
¡Ah, basta! Escrito en tus ojos
tu amor por Miguel se ve.
Cuando muerto le creíste,
cuando sola te juzgabas,
con tus engaños hipócritas
mi cariño estimulabas;
y al ver que vive, que es tuyo,
ya no aciertas ni á fingir.

M. Ant. (A Valentín.)
Calla, cuanto más la ofendas
más te habrás de arrepentir.

Val. (A Miguel Andrés.)
Si ese hábito que te cubre
no es una profanación,
si el miedo no te ha traído
á esta peregrinación,
habla de una vez, dí pronto
por qué viviendo has callado;
habla de una vez ó juro
que aunque este sitio es sagrado,
aquí mismo tanta burla
por mi mano vengaré.

Coro ¿Qué es lo que dice? ¡Está loco!

Prior Nada como esto escuché.

Coro Perdonadle, Virgen santa,
el encono le cegó;
es cristiano y es creyente,
jamás su fe vaciló:
hoy le trastorna la ira,
no razona en su furor,
olvida que está en el templo,
en la casa del Señor.

PRIOR

Calla, insensato, no olvides
lo que debes á la iglesia.
Aquí la amenaza muere,
aquí no llega la ofensa
á herir á quien se dirige:
avergonzada y envuelta
entre el humo del incienso
y el resplandor de las velas
va presurosa á esconderse
de su autor en la conciencia.
Si la razón no perdiste,
arrodíllate y espera.

M. AND.

Tus imprudentes palabras
Dios no te las tome en cuenta.
(Al Prior. Aparte.)
Vamos, buen Prior, llevadme
donde solo hablaros pueda,
que la fatiga me rinde,
me van faltando las fuerzas
y hora es ya de que os revele
lo que abruma mi conciencia.

PRIOR

Sígueme; ya te esperaba;
tengo tal fe en tus promesas,
que aun sin saber que vivías
nunca dudé que vinieras.
(Vanse por la derecha Miguel Andrés y el Prior)

—

CORO

Le faltan las fuerzas,
su cuerpo vacila;
¿qué se hizo del hombre
que miedo infundía?
Aquel que imperaba
en todo el lugar,
el fuerte, el terrible
aquel, ¿dónde está?
Jamás en su vida
la iglesia pisó
y hoy viene contrito
pidiendo perdón.
No hay nadie que fuera
capaz de creerlo.
¡Aquí el hombre impío
rezando en el templo!

—

VAL. Que espere me dice,
aquí de rodillas:
no harán sus palabras
que vuelva mi dicha.
Lo vieron mis ojos,
no puedo dudar;
por ella aquí vino
y es ella quizás
su dulce esperanza,
su fe, su ilusión;
de toda su vida
el único amor.
Mas, no, no es posible;
no quiero creerlo;
me ciega la ira;
me matan los celos.

—

MAG. Solo él puede darme
la calma y la dicha;
de él solo dependen
mi amor y mi vida.
Y si hoy arrostrando
la muerte, quizás,
aquí se presenta,
no puedo dudar
que aquella palabra
que un día me dió
ahora á cumplirla
le trae el Señor.
Mas soy egoista,
le veo sufriendo,
olvido sus penas
y en mí solo pienso.

—

JULIÁN Que no fué este el muerto
cualquiera adivina,
ó habrá de creerse
que aquí hay brujería.
(Al Francés.)
Mosiú de la Francia,
pa mí que tú estás
al tanto de todo

y sabes ¡la mar!
No sé por qué diablos
me da el corazón
que ese hombre á tu casa
huyendo llegó.

FRANCÉS Estar tú en lo firme,
diciste lo cierto.

JULIÁN Eres un extranjis
que vale un imperio.

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Sacristía en la basílica de Roncesvalles. A la derecha, puerta que se supone da acceso á una capilla. Más cerca del espectador otra puerta que comunica con la iglesia. Armarios de sacristía, bancos, cuadros, etc. Un sillón de baqueta.

ESCENA IX

PRIOR y MIGUEL ANDRÉS

Hablado

PRIOR (Entrando. A Miguel Andrés, que viene apoyándose ligeramente en él.) Descansa primero, después iremos á mi habitación.

M. AND. No: aquí no se puede mentir y quiero poner á esa imagen por testigo de mis palabras. (Señalando á un cuadro con una Virgen.)

PRIOR Piensa bien lo que vas á decir. De tí depende el honor de una mujer y la dicha de un hombre.

M. AND. (Sacando unos papeles del pecho.) Aquí está escrito; guárdelo usted por si no puedo acabar mis declaraciones; pero le pido con toda mi alma que nadie más que usted y Valentín las sepan, y que una vez convencidos de la verdad rompan esos papeles. Así lo juré al pie de un lecho de muerte.

PRIOR Así se hará.

M. AND. (Con fatiga.) Creí imposible hacer este viaje.

PRIOR Yo cuando recibí tu aviso pedí al cielo que te dejara llegar; pero, ¿qué has hecho en tanto tiempo?

M. AND. No sé, apenas me doy cuenta de lo que ha pasado desde mí desafío con Francisco.

PRIOR (Con reconvención.) ¡Francisco!

M. AND. (Como recordando.) Salimos los dos; empezó la lucha sin testigos... (Entrecortado.) Después me sentí desfallecer, sus brazos me oprimían y caímos juntos... Luego yo corría por el monte y él rodaba por el abismo. No recuerdo más.

PRIOR Descansa, descansa: tú te repondrás.

M. AND. (Encogiéndose de hombros.) No: mas óigame usted ahora: Hace dos años estaba yo, como siempre, en la montaña, pensando en aquel pasado tan loco y aquel presente tan triste, cuando sentí á mi espalda una tos angustiosa; me volví y hallé á una mujer joven todavía, pero llevando en la cara su sentencia de muerte. En aquella figura demacrada había no sé qué parecido con otra figura hermosa, llena de vida, de rostro sonriente y fresco. Aquella mujer que se moría, era la hija de Justo el cadenero.

PRIOR (Con extrañeza.) ¿María?

M. AND. Sí. Una santa, de la que yo hice una mártir y cuyo secreto juré guardar como justa reparación. Por cumplir esta promesa maté á Francisco.

PRIOR ¡Extraña lógica! Tan rígida la conciencia por cumplir una promesa y tan ancha para el el crimen.

M. AND. ¡El crimen! ¡Quién sabe dónde está!

PRIOR Lo está en matar á un hombre.

M. AND. Sí; pero lo está infinitamente más grande en deshonrar á una inocente. ¿Es acaso la vida lo que más vale? ¿No es más noble arrancársela á un hombre fuerte, joven y luchando, que quitársela á una mujer por el sufrimiento? ¡Oh! Este es el verdadero crimen, porque es el de la cobardía: en el otro,

al menos, hay valor, y el valor, como usted dice, es también una virtud.

PRIOR Cuando se le emplea bien.

M. AND. Sí; yo le juro que aquel crimen por el cual no me persigue la justicia me causa remordimientos, mientras que el otro, el que puede llevarme á presidio, me deja al recordarlo satisfecho de mi conducta. Yo no podía consentir que tal secreto fuese pregonado. Pues bien, eso es lo que Francisco intentaba, y eso es lo que impedí matándole.

PRIOR Demos por sentado que has cumplido tu promesa. ¿Qué piensas hacer?

M. AND. Que Dios disponga de mí.

PRIOR Por grandes que sean tus errores es mucho más grande la bondad del Señor.

M. AND. Creo haber cumplido con mi deber, y mil veces haría lo mismo si mil veces estuviera en aquel caso. Si no ¿para qué me puso Dios en su camino?

PRIOR ¿Pues qué dejas para él, si te tomas la justicia por tu mano?

M. AND. ¿Para él, para Dios?... el juzgarme á mí.

PRIOR ¡Hombre de hierro!

M. AND. (Se ha fatigado mucho durante las últimas frases. El Prior le atiende con solicitud cariñosa.) Me queda muy poca vida; quiero ver á Magdalena y hablar antes con Valentín. ¡Por Dios, don Gregorio, no perdamos el tiempo!

PRIOR Voy á llamarle. (Vase.)

ESCENA XI

MIGUEL ANDRÉS

¡Perdón, María! Si descubro tu secreto es por la felicidad de Magdalena; tú en mi caso hubieras hecho lo mismo.

ESCENA XII

MIGUEL ANDRÉS, PRIOR, VALENTÍN, después MAGDALENA

PRIOR (Entrando con Valentín.)
De su virtud y su honor
tengo en mi poder las pruebas.
VAL. Muchas son las necesarias
para que yo me convenza.
(A Miguel Andrés.)
Explícanos tu conducta,
tu cariño á Magdalena,
la vida que hicísteis juntos
aprovechando mi ausencia.
M. AND Oyela, aunque las palabras
quemen al salir mi lengua.
PRIOR Escucha: pronto está dicho
aquello que á tí interesa.
Una infeliz aezcoana
tan hermosa como buena,
fué engañada por un hombre,
y por ocultar su afrenta
huyendo de sus paisanos
refugio buscó en América.
Allí dió á luz una niña,
Allí tuvo á Magdalena.
M. ANI. Yo fuí el infame que un día
atropelló la inocencia
de una mujer que me amaba;
por mí fué á lejanas tierras
ocultando su deshonra;
y cuando habló mi conciencia
lo que no hice por la viva
quise hacerlo por la muerta,
jurando ocultar á todos
su martirio y mi vergüenza.
Ya sabes ahora la causa
de mi amor por Magdalena.
VAL. Perdona, Miguel, perdona,
si no creí en tus promesas.
Voy á pregonar á gritos
la virtud de Magdalena.
(Se dirige hacia la puerta.)

M. AND. Calla, insensato, te ofuscas;
en tu alegría no piensas
que si honra das á la hija
queda la madre sin ella.

VAL. Es el honor lo primero
y cumple al mío que pueda
presentar á mi mujer
llevando alta la cabeza.
Su nombre está difamado;
quedó en calles y plazuelas
hecho girones, y es justo
hacer que no permanezca
arrojado en el arroyo
lo que es de virtud emblema.

PRIOR ¿Qué te importa de las gentes
si llevas en la conciencia
el secreto de una mártir
y la honra de Magdalena?

Música.—(Recitado.)

M. AND. (Vacilando y á punto de caer. A Valentín.)
No intentes el honor de la hija mía
recoger del arroyo, allí no está.
(Indicándole la puerta desde donde se supone que se ve la iglesia.)
Mírala de rodillas, junto al ara.
Ve, pues, á recogerlo en el altar.
(Desfalleciendo.)
Me muero: ya los ojos se me nublan,
ya siento que la vida se me va.
Es mi hija, mi hija, quiero verla,
quiero darla un abrazo al espirar.
(Cae moribundo.)

VAL. (Alejándose.)
¡Dios mío, que no muera antes que llegue!
(Vase.)

PRIOR ¡Que Dios acoja su alma con piedad!

—

Era cierto, vino á cumplir su promesa. Este traje no es una profanación ni una burla á la justicia. (Entran Valentín y Magdalena precipitadamente. Esta se arrodilla junto á Miguel Andrés.)

MAG. ¡Ah! Mi bienhechor, mi único apoyo en el mundo.

VAL. No; tendrás el de tu marido, que seré yo; iremos al país donde naciste, y mi cariño te hará olvidar tanto sufrimiento.

M. AND. (Casi afónico.) Eso, eso... (Se incorpora, abre los ojos, abraza á Magdalena, y espira.)

PRIOR (A Magdalena.) Era un gran corazón y una hermosa conciencia. Bésale como besarías á tu padre.

TELON

Como verá el lector, en esta obra se han escrito algunas frases y palabras tal como deben decirlas los actores, prescindiendo, en gracia al modismo, de la estructura gramatical.

OBRAS DE PASCUAL MILLAN

	Pesetas.
Iconografía Calderoniana. (Homenaje á Calderón).—Agotada	50
Los toros en Madrid.—(Estudio histórico)	4
La Escuela de Tauromaquia de Sevilla.—4.ª edición.	3
Corazón y brazo.—Novela	3.50
Menudencias.—Idem	3
Fuerza mayor.—Idem	3.50
González Pérez y Compañía.—Id	3.50
Los novillos.—Estudio histórico	4
Tipos que fueron —Estudio	1.50
Falstaff. (Bajo el seudónimo de «Allegro»).—Estudio crítico	»
Biarritz y sus cercanías.—Notas é impresiones	4
Caireles de oro.—Toros é historia	4
Los toros en el siglo XIX.—(Número extraordinario de *Sol y Sombra*)	0,20
Quince bajas.—Drama en tres actos	2
Miguel Andrés.—Drama lírico en tres actos	2

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*